





# COMITÉ INVISIBLE

LA  
IN  
SU  
RREC  
CIÓN  
QUE  
VIE  
NE



COMITÉ INVISIBLE  
La Insurrección que viene. — 1a ed. en Argentina, 2010.  
100p. ; 14,5x20,5 cm.

1. Ensayo

ISBN 987-978-1789-5-x

TRADUCCIÓN REVISADA COLECTIVAMENTE

**Más información en:** <http://fenlaerrata.wordpress.com/>

©1ª ed. L'insurrection qui vient. La Fabrique.  
Paris, France, 2007.

©1ª ed. en Argentina. La insurrección que viene. Milena Caserola,  
Hekht, El Asunto, FeEnLaErrata.  
Buenos Aires, Argentina, 2010.

<http://fenlaerrata.wordpress.com/>  
<http://www.elasunto.com.ar>  
<http://hekht.wordpress.com/>  
<http://www.milenacaserola.blogspot.com/>

*Los editores firmaron contrato imaginario con los escritores de esta obra,  
lo que la protege de todo uso indebido.*

FOTO DE TAPA: Coop. Sub

DIBUJOS: Comandante Ney Márquez

## PRÓLOGO

*"This is a dangerous book"...*, quizás no se pueda encontrar una mejor promoción que esta frase histórica con la que el cronista de Fox News, Glenn Beck, presentó este ensayo político. Pero el sorprendente destino editorial de este libro empezó antes.

Originalmente lo publicó el pequeño sello parisino *La Fabrique* en 2007, y tuvo una venta normal (cerca de 2000 ejemplares) para esta casa editorial conocida por su seriedad a la vez que por su posición crítica, en la tradición de la mítica y fallecida Maspero. Lo más seguro es que este libro se hubiera hundido en el océano editorial, sólo rescatado por un reducto de lectores atentos. Pero el Ministerio del Interior francés, con sus fabulosos recursos mediáticos, se ocupó de su promoción, y todo cambió.

Esta fase empieza el sábado 8 de noviembre, con un sabotaje que inmovilizó durante varias horas 160 trenes-balas en Francia. Tres días después, el 11 de noviembre, un gran operativo policial concluyó con el arresto de diez personas. Ese martes, a las 6 de la mañana, 150 policías de las brigadas anti-terroristas llegaron a Tarnac, un pueblo de unos 350 habitantes, para llevarse a unos jóvenes de entre 23 y 34 años. No faltaron los helicópteros de los principales canales de televisión, y la nube de periodistas invitados para seguir "en directo" las fuerzas del orden en acción. Y hasta la ministra del Interior participó en el show, asegurando que todos los detenidos formaban parte de un movimiento de "ultraizquierda de tendencia anarco-autonomista" (categoría hasta este momento desconocida, y sin ninguna definición).

Ahora bien, dentro de las muy escasas "pruebas" (de un sabotaje que se calificó de "terrorista" y que no tiene nada de

tal, pero eso es otra cuestión) el fiscal anunció que hallaron un libro. Se trataba de este libro que presentamos. Hacía mucho tiempo que en Francia no se mandaba a nadie a prisión por leer un libro, habría que remitirse a la época del gobierno pro-nazi de Vichy (40-44) o al siglo XIX. De manera que los lectores franceses se alegraron de reanudar con esta antigua tradición del delito de opinión, y compraron en masa *L'insurrection qui vient*. El libro en poco tiempo se convierte en un best-seller dentro de su categoría y entre tanto, los jóvenes a los que la policía anti-terrorista no encuentra la menor prueba contundente continúan presos. Así es como con mucho pesar y muy lentamente, durante los siguientes meses (diciembre-enero 08-09) se libera a los supuestos terroristas. Pero no a todos, continúan deteniendo al que aseguran es el autor del libro: Julien Coupat.

Pero esta autoría es complicada para la cabeza obtusa de un policía de “elite”. Pues el libro está firmado por el Comité Invisible, el cual se autodefine como un “colectivo imaginario”, lo que el fiscal traduce como “célula invisible” en pos de armar atentados terroristas. Es fiscal, no semiólogo. Pero el propio Julien Coupat, desde su celda, aclara un poco el caso en una entrevista publicada en *Le Monde* (25 de mayo del 08), “por desgracia no soy el autor de *L'insurrection qui vient* – y toda esta historia tiene que convencernos del carácter esencialmente *policial* del concepto de autoría”.

Coupat fue por fin liberado en junio del 09, en espera del juicio. Todos esperamos con mucha impaciencia la función, cuando llegue a los estrados, de esta comedia judicial que, seguramente, nos hará reír aún más que los primeros actos de esta gran farsa. Todos nos preguntamos angustiados ¿será que Julien es culpable de la autoría de *La insurrección que llega*? Mientras tanto, les proponemos leer este temible ensayo.

Y es que también en Argentina se podría decir que *La Insurrección...* tiene un curioso trato editorial. Pues, cualquier francés que se pasea un tiempo en Buenos Aires se sorprende de la presencia de la intelectualidad parisina: periódicos, estantes en los librerías y charlas están repletos de libros y referencias a lo que se supone pasa en París. Cualquier novedad que provenga de la capital francesa parece suscitar un entusiasmo descomunal en los porteños. A pesar de eso, no se encuentra la menor mención a este libro, y mucho menos respecto al destino de sus sospechosos de autoría. Periódicos correctamente de izquierda, universitarios siempre pregonándose de la vanguardia del radicalismo que citan Rancière, Foucault, Deleuze y otros, no le encontraron ninguna gracia al Comité Invisible. ¿Será que hay ciertos códigos de respetabilidad “revolucionaria” parisina que faltaron? Es en verdad curioso, si Guy Debord fuera totalmente desconocido en el Río de la Plata podríamos pensar que *L'Insurrection* no entra en categorías conocidas, y que por lo tanto no procuraría interés para esos intelectuales golosos en categorizar. Pero ese no es el caso, los situacionistas han sido y son leídos acá. Así que sigue el enigma.

Coupat, desde la prisión, sugiere a los "foucaultianos, en vista de lo que hacen desde hace veinte años de los trabajos de Foucault", de irse a vivir un tiempo en cana. Es probable que el se dirija a esos circulos parisinos que van publicado, año tras año, obras que rinden culto al maestro muerto. Pero quizás podríamos extender la sugestión a sus socios argentinos, aunque parece que ya se encerraron por si solos más de lo necesario.

)(





LA  
IN  
SU  
RREC  
CIÓN  
QUE  
VIE  
NE



Bajo cualquier ángulo desde el que se observe, el presente no tiene salida. No es la menor de sus cualidades. A quienes quisieran permanecer en la esperanza a toda costa, les retira cualquier apoyo. Aquellos que pretenden impedir las soluciones son desmentidos al momento. Es una cosa sabida que todo no puede sino ir de mal en peor. El futuro no tiene porvenir es la sabiduría de una época en la que se ha llegado, bajo sus aires de extrema normalidad, al nivel de consciencia de los primeros punks.

La esfera de la representación política se cierra. De izquierda a derecha, es la misma nada que adopta las poses perrunas o los aires de virgen, las mismas cabezas de góndola que encadenan sus discursos tras los últimos hallazgos del servicio de comunicación. Aquellos que todavía votan dan la impresión de no tener otra intención que la de hacer saltar las urnas a fuerza de votar como pura protesta. Se comienza a adivinar que es contra el voto mismo por lo que se continúa votando. Nada de lo que se presenta está, ni de lejos, a la altura de la situación. Incluso en su silencio, la propia población parece infinitamente más adulta que todos los títeres que se pelean por gobernarla. No importa que el *chibani* de Belleville sea más prudente en sus palabras que cualquiera de los que se dicen nuestros dirigentes en sus declaraciones. La tapa de la marmita social se vuelve a cerrar con una triple vuelta mientras en su interior la presión no deja de aumentar. Salido de Argentina, el espectro de *iQué se vayan todos!* comienza a acosar seriamente las cabezas dirigentes.

El incendio de noviembre de 2005 no ha terminado de proyectar su sombra sobre todas las conciencias. Estos

primeros focos son el bautismo de una década llena de promesas. El cuento mediático de los suburbios contra la República, si bien no carece de eficacia, falta a la verdad. Los incendiarios han tomado hasta el centro de las ciudades, que fueron metódicamente acalladas. Calles enteras de Barcelona han ardido en solidaridad, sin que nadie más que sus habitantes lo sepa. Y tampoco es verdad que el país haya dejado de arder desde entonces. Entre los inculpados se encuentran toda clase de perfiles que sólo se unifican por el odio a la sociedad existente, y no por la pertenencia de clase, de raza o de barrio. Lo inédito no reside en una “revuelta de los suburbios” que ya no era novedoso en 1980, sino en la ruptura con las formas establecidas. Los asaltantes no escuchan a nadie, ni a sus hermanos mayores ni a la asociación local que debería gestionar el retorno a la normalidad. Ningún SOS Racismo<sup>1</sup> podrá hundir sus cancerosas raíces en este acontecimiento, al que sólo la fatiga, la falsificación y la *omertá* mediáticas han podido poner un fin. Toda esta serie de golpes nocturnos, de ataques anónimos, de destrucciones sin rodeos ha tenido el mérito de abrir al máximo la grieta entre la política y lo político. Nadie puede honestamente negar la carga evidente de este asalto que no formula ninguna reivindicación, ningún otro mensaje más que la amenaza; que no había que hacer la política. Hay que estar ciego para no ver lo que hay de puramente político en esta resuelta negación de la política; o nadie conoce los movimientos autónomos de los jóvenes desde hace treinta años. Los niños perdidos han quemado los fetiches favoritos de una sociedad que no merece más consideración que los monumentos de París al final de la Semana sangrienta, y que lo sabe.

No habrá solución social a la presente situación. En principio porque el vago agregado de medios, de instituciones y de burbujas individuales al que se llama por antífrasis “sociedad” no tiene consistencia, y a continuación porque no

---

<sup>1</sup> *S.O.S Racisme* es una asociación satélite del Partido Socialista, famosa durante los años 80.

existe lenguaje para la experiencia común. Y no se comparten las riquezas si no se comparte un lenguaje. Hizo falta medio siglo de lucha en torno a las Luces para forjar la posibilidad de la Revolución francesa, y un siglo de lucha sobre el trabajo para parir el temible “Estado providencia” (o “Estado de Bienestar”). Las luchas crean el lenguaje en el que se dice el nuevo orden. Nada parecido existe hoy en día. Europa es un continente arruinado que va a hacer a escondidas sus compras a *DIA* y viaja en *low cost* para poder hacerlo todavía. Ninguno de los “problemas” que se formulan en el lenguaje social admite solución. El “problema de los jubilados”, el de la “precariedad”, los “jóvenes” y su “violencia” no pueden sino quedar en suspenso, mientras se gestionan soluciones policiales que siempre son más sobrecogedoras que lo que esconden. No se llegará más que a engañar por un mezquino precio a los ancianos abandonados por los suyos y sin nada que decir. Los que han encontrado menor humillación y mayores beneficios en las vías criminales que en el mantenimiento de las apariencias no rendirán sus armas, y la prisión no les inculcará el amor a la sociedad. Las ganas de disfrutar de las hordas de jubilados no soportará intacta los oscuros cortes de sus rentas mensuales, y esto no puede sino aumentar más aún ante el rechazo al trabajo de una gran parte de la juventud. Para concluir, ningún ingreso seguro acordado al día siguiente de un cuasi levantamiento sentará las bases de un nuevo *New Deal*, de un nuevo pacto, de una nueva paz. El sentimiento social ya se ha evaporado demasiado para eso.

Como solución, la presión para que nada se pase, y con ella la ordenación policial del territorio, no van a parar de acentuarse. La Aeronave de Combate no Tripulada (UCAV) que, por la propia confesión de la policía, ha sobrevolado el último 14 de julio el Seine-Saint-Denis<sup>2</sup> dibuja el futuro en colores más reales que todas las brumas humanistas. Que se haya tomado el cuidado de precisar que no estaba armado

---

<sup>2</sup> *Banlieu* (suburbio) norte de Paris.

enuncia muy claramente el camino que hemos iniciado. El territorio será fraccionado en zonas cada vez más aisladas. Las autopistas construidas en los bordes de un “barrio sensible” levantan un muro invisible construido expresamente para separarle de las zonas residenciales. Piensen lo que piensen las nobles almas republicanas, la gestión de los barrios “por comunidad” es notablemente la más operativa. Las partes puramente metropolitanas del territorio, los principales centros urbanos, mantendrán en una deconstrucción cada vez más retorcida, cada vez más sofisticada, cada vez más resplandeciente, su lujosa vida. Ellas iluminarán todo el planeta con su luz de burdel, dependientes de las patrullas de la BAC, de las compañías privadas de seguridad, resumiendo: las milicias, se multiplicarán hasta el infinito, beneficiándose de una cobertura legal cada vez más desvergonzada.

El camino sin salida del presente, perceptible por todas partes, es negado en todas partes. Nunca serán empleados tantos psicólogos, sociólogos y literatos, cada uno según su jerga especial en la que la conclusión es particularmente fallida. Bastará con escuchar los cantos de la época, las chispas de la “nueva canción francesa” en los que la pequeña burguesía disecciona sus estados de ánimo y las declaraciones de guerra de los raperos de Mafia K’1 Fry, para saber que cierta coexistencia cesará pronto, que una decisión está próxima.

Este libro está firmado por un colectivo imaginario. Sus redactores no son los autores. Se han limitado a poner un poco de orden en los lugares comunes de la época, en lo que se murmura en las mesas de los bares, tras las puertas cerradas de los dormitorios. No hacen sino fijar las verdades necesarias, aquellas por las que el rechazo universal llena los hospitales psiquiátricos y las miradas de pena. El privilegio de las circunstancias radicales es que la precisión lleva en buena lógica a la revolución. Basta con hablar de lo que tenemos ante nuestros ojos y de no eludir la consecuencia.

## PRIMER CÍRCULO

“I AM WHAT I AM”

“I AM WHAT I AM”. Esta es la última oferta del marketing al mundo, el último estadio de la evolución publicitaria, adelante, tan por delante de todas las exhortaciones a ser diferente, a ser uno-mismo y a beber Pepsi. Decenas de conceptos para llegar ahí, a la pura tautología. YO=YO. Él corre sobre una cinta transportadora ante el espejo de su gimnasio. Ella regresa del laburo al volante de su Smart.

¿Van a reunirse?

“JE SUIS CE QUE JE SUIS”, soy lo que soy. Mi cuerpo me pertenece. Yo soy mío, tú eres tuyo, y esto va mal. Personalización de la masa. Individualización de todas las condiciones -de vida, de trabajo, de desgracia. Esquizofrenia difusa. Depresión rampante. Atomización en finas partículas paranoicas. Histerización del contacto. Cuanto más quiero ser Yo, más tengo el sentimiento de vacío. Cuanto más me expreso más me agoto. Cuanto más corro tras yo, más fatigado estoy. Yo tengo, tú tienes, nosotros tenemos nuestro Yo como una fastidiosa taquilla. Nos hemos convertido en representantes de nosotros mismos –este extraño comercio, los garantes de una personalización que tiene todo el aire, al final, de una amputación. Nosotros garantizamos hasta la ruina con una torpeza más o menos disfrazada.

Mientras tanto, *yo gestiono*. La búsqueda de mí Yo, mi blog, mi apartamento, las últimas tonterías de la moda, las historias de pareja, de sexo...aquello que fabrica las prótesis necesarias para tener un Yo! Si “la sociedad” no se hubiera convertido en esta absoluta abstracción, designaría el conjunto de muletas existenciales que se me tienden para permitirme el continuar arrastrándome, el conjunto de dependencias que he contratado al precio de mi identidad. *El minusválido es el modelo de la ciudadanía que viene*. No deja de ser premonitorio que las asociaciones que le explotan reivindiquen para él una “renta por existencia”.

La conminación, por todas partes, a “ser alguien” mantiene el estado patológico que hace necesaria esta sociedad. La conminación a ser fuerte produce la debilidad por la que se mantiene, hasta el punto de que *todo parece tomar un aspecto terapéutico*, igual trabajar que amar. Todos los “¿qué tal?” que se intercambian a lo largo de un día hacen pensar en las tantas tomas de temperatura que, en una sociedad de pacientes, se administran unos a otros. La sociabilidad actual está hecha de mil pequeños nichos, de mil pequeños refugios donde se está caliente. Donde siempre se está mejor que en el gran frío de afuera. Donde todo es falso, pues no es más que un pretexto para calentarse. Donde nada puede surgir porque estar ahí es estar sordamente ocupados en tiritar todos juntos. Esta sociedad pronto no se soportará sino por la tendencia de todos sus átomos sociales hacia una ilusoria curación. Es una central eléctrica que obtiene su potencial de una gigantesca retención de lágrimas siempre a punto de derramarse.

“I AM WHAT I AM”. Nunca la dominación ha encontrado una palabra de orden más insospechada. El mantenimiento del Yo en un estado de semi-ruina permanente, en un medio-desfallecimiento crónico es el secreto mejor guardado del actual orden de las cosas. El Yo débil, deprimido, autocrítico, virtual es por esencia este sujeto indefinidamente adaptable que precisa una producción basada en la innovación, la acelerada obsolescencia de las tecnologías, el cons-



tante cambio de las normas sociales, la flexibilidad generalizada. Es a la vez, el consumidor más voraz y, paradójicamente, el Yo más productivo, el que se arrojará con la mayor energía y avidez sobre el menor proyecto, para regresar más tarde a su estado larvario original.

“CE QUE JE SUIS”, lo que soy, ¿entonces? Atravesado desde la infancia por los flujos de leche, de olores, de historias, de sonidos, de afectos, de canciones infantiles, de sustancias, de gestos, de ideas, de impresiones, de miradas, de cantos y de comida. ¿Esto es lo que soy? Atado completamente a los lugares, los sufrimientos, los ancestros, los amigos, los amores, los acontecimientos, las lenguas, los recuerdos, a toda clase de cosas que, evidentemente, *no son yo*. Todo lo que me ata al mundo, todos los vínculos que me constituyen, todas las fuerzas que me habitan no tejen una identidad, como la que se me incita a blandir, sino una *existencia*, singular, común, viviente y en la que emerge en algunas partes, en algunos momentos, este ser quien dice “yo”. Nuestro sentimiento de inconsistencia no es sino el efecto de esta tonta creencia en la permanencia del Yo, y del escaso cuidado que ponemos a aquello que nos hace.

Da vértigo ver presidir así sobre un rascacielos de Shangai el “I AM WHAT I AM” de Reebok. Occidente anticipa por todas partes, como su caballo de Troya favorito, esta agotadora antinomia entre Yo y el mundo, el individuo y el grupo, entre adhesión y libertad. La libertad no es el gesto de deshacernos de nuestros apegos, sino la capacidad *práctica* de operar sobre ellos, moverse en ellos, establecerles o zanjarles. La familia no existe como familia, es decir, como infierno, sino para el que ha renunciado a falsificar los mecanismos debilitadores o no sabe como hacerlo. La libertad de *desgarrarse* siempre ha sido el fantasma de la libertad. No nos liberamos de aquello que nos traba sin perder al mismo tiempo aquello sobre lo que nuestras fuerzas podrían actuar.

“I AM WHAT I AM”, pues, no una simple mentira, una simple campaña de publicidad, sino una campaña militar, un

grito de guerra dirigido contra todo lo que hay *entre* los seres, contra todo lo que circula indistintamente, todo lo que une invisiblemente, todo lo que obstaculiza la perfecta desolación, contra todo lo que hace que *existamos* y que el mundo no tenga por todas partes el aspecto de una autopista, de un parque de atracciones o de una nueva ciudad: puro aburrimiento, sin pasión y bien ordenado, espacio vacío, helado, por donde no transitan más que los cuerpos matriculados, las moléculas automóviles y las mercancías ideales.

Francia no es la patria de los ansiolíticos, el paraíso de los antidepresivos, la Meca de la neurosis sin ser simultáneamente el campeón europeo de la productividad horaria. La enfermedad, la fatiga, la depresión pueden ser tomadas como los *síntomas individuales* de lo que es necesario curar. Entonces trabajan para el mantenimiento del orden existente, para mi dócil adaptación a las normas idiotas, para la modernización de mis amuletos. Ocultan, dentro de mí, la selección de las inclinaciones oportunas, conformes, productivas y aquellas en las que se necesite aceptar tranquilamente la pérdida. “Es preciso saber cambiar, tú sabes” Pero, tomados como *hechos*, mis carencias también pueden contribuir al desmantelamiento de la hipótesis del Yo. Se convierten en actos de resistencia en la guerra que se libra. Se vuelven rebelión y centro de energía contra todo lo que conspira para normalizarnos, para amputarnos. *El Yo no es quien está en crisis en nosotros, sino la forma con que se busca imprimirlo en nosotros.* Se quiere hacer de nosotros unos Yo claramente delimitados, separados, clasificables y censables por cualidades, en resumen: controlables, cuando somos criaturas entre las criaturas, singularidades entre nuestros semejantes, carne viva tejiendo la carne del mundo. Al contrario de lo que se nos repite desde la infancia, la inteligencia, no consiste en saber adaptarse – o si esto es una inteligencia, es la de los esclavos. Nuestra inadaptación, nuestra fatiga no son *problemas* más que desde el punto de vista de quien nos quiere someter. Siempre señalan un punto de partida, un punto de confluencia para complicidades

inéditas. Evidencian un paisaje de otro modo más deteriorado, pero infinitamente más repartible que todas las fantasmagorías que esta sociedad mantiene sobre sí misma.

No estamos deprimidos, estamos en huelga. Para quien rechaza gestionarse, la “depresión” no es un estado, sino un pasaje, un hasta luego, un paso de lado hacia una desafiliación *política*. A partir de ahí, no queda otra conciliación más que la médica y la policial. Es por eso que esta sociedad no teme imponer el *Ritaline* a sus niños más despiertos, inicia a cualquiera en las dependencias farmacéuticas y pretende detectar desde los tres años los “problemas de comportamiento”. Porque es la hipótesis del Yo la que se agrieta por todas partes.



## SEGUNDO CÍRCULO

“LA DIVERSIÓN ES UNA NECESIDAD VITAL”

Un gobierno que declara el estado de excepción contra los pibes de quince años. Un país que pone su salud en manos de un equipo de futbolistas. Un poli en la cama de un hospital que se queja de haber sido víctima de “violencias”. Un prefecto que decreta la detención de los que se construyen cabañas en los árboles. Dos niños de diez años, en Chelles, acusados del incendio de una ludoteca. Esta época se destaca por cierta situación grotesca de la que parece desentenderse cada vez más. Hay que decir que los medios no ahorran esfuerzos para ahogar en quejidos y grito de indignación la explosión de risa con la que se debería recibir tales noticias.

Una enorme explosión de risa, es la respuesta adecuada a las graves “cuestiones” que se complace en agitar la actualidad. Para comenzar por la más rebatada: no existe la “cuestión de la inmigración”. ¿Quién crece donde ha nacido? ¿Quién vive donde ha crecido? ¿Quién trabaja donde vive? ¿Quién vive allí donde vivían sus ancestros? ¿Y de quién son los niños de esta época, de la tele o de sus padres? La verdad es que hemos sido masivamente arrancados de cualquier pertenencia, que no somos sino parte de nada, y que a resultas de esto, tenemos a la vez que una inédita disposición para el turismo, un innegable sufrimiento. Nuestra historia es la de las colonizaciones, las migraciones, las guerras, los

exilios, la destrucción de todos los arraigos. Es la historia de todo lo que ha hecho de nosotros extranjeros en este mundo, invitados en nuestra propia familia. Hemos sido expropiados de nuestra propia lengua por la enseñanza, de nuestras canciones por las variedades, de nuestra carne por la pornografía masiva, de nuestra ciudad por la policía, de nuestros amigos por el salario. A todo ello se añade, en Francia, el trabajo de individualización feroz y secular realizado por un poder estatal que apunta, compara, disciplina y separa a sus sujetos más jóvenes, que tritura instintivamente las solidaridades que se le escapan a fin de que no quede más que la ciudadanía, la pura pertenencia, fantasmagórica, a la República. El francés es el desposeído, por encima de cualquier otro, el miserable. Su odio por lo extranjero se funde con el odio de sí mismo *como extraño*. Su envidia mezclada de pavor por los “suburbios” no habla sino de su resentimiento por todo lo que ha perdido. No puede impedir envidiar esos barrios llamados “de relegación” donde todavía persisten un poco de vida común, algunos lazos entre los seres, algunas solidaridades no estatales, una economía informal, una organización que todavía no es indiferente a los que se organizan. Hemos llegado a este punto de privación donde la única manera de sentirse francés es echar pestes sobre los emigrantes, contra aquellos que son más visiblemente *extranjeros* como yo. Los inmigrantes tienen en este país una curiosa posición de soberanía: *si no estuviesen ahí, puede que los franceses ya no existieran*.

Francia es un producto de su escuela, y no a la inversa. Vivimos en un país excesivamente escolar, donde se recuerda el paso por el bachillerato como un momento señalado de la vida. Donde los jubilados te cuentan todavía su fracaso, cuarenta años atrás, en tal o cual examen, y cuánto pesó esto en toda su carrera, en toda su vida. La escuela de la República ha formado desde hace un siglo y medio un tipo de subjetividades estatalizadas, reconocibles entre las demás. Gentes que aceptan la selección y la competición a condición

de que las oportunidades sean las mismas. Que esperan que la vida de cada cual sea recompensada por ella misma como en un concurso, según su mérito. Que siempre piden permiso antes de agarrar algo. Que respetan silenciosamente la cultura, los reglamentos y a los primeros de la clase. Incluso su apego a sus grandes intelectuales críticos y su rechazo al capitalismo están impregnados de este amor a la escuela. Es esta construcción estatal de subjetividades la que se desmorona un poco más cada día con la decadencia de la institución escolar. La reaparición, desde hace veinte años, de la escuela y de la cultura de la calle en competencia con la escuela de la República y su cultura de cartón es el traumatismo más profundo que sufre actualmente el universalismo francés. Sobre este punto, la extrema derecha se reconcilia por adelantado con la más virulenta izquierda. El sólo nombre de Jules Ferry, ministro de Thiers durante el aplastamiento de la Comuna y teórico de la colonización, debería ser suficiente para sospechar de esta institución.

En cuanto a nosotros, cuando vemos a profesores salidos de no se sabe qué “comité de vigilancia ciudadana” lloriquear al informativo porque se ha quemado *su* escuela, recordamos cuántas veces lo habíamos soñado de niños. Cuando escuchamos a un intelectual de izquierdas eructar sobre la barbarie de las bandas juveniles que increpan a los transeúntes en la calle, roban los escaparates, incendian los coches y juegan al gato y el ratón con los CRS<sup>3</sup>, recordamos lo que se decía de los rockeros en los años 1960 o, mejor, de los *apaches* de la “Belle Epoque”: “Bajo el nombre genérico de apaches -escribe un juez del tribunal de la Seine en 1907- , está de moda llamar desde hace algunos años a todos los individuos peligrosos, pandillas de reincidentes, enemigos de la sociedad, sin patria ni familia, desertores de todas las tareas, prestos a los golpes de mano más audaces, a cualquier atentado contra las personas o las propiedades.” Estas bandas, que evitan el trabajo, toman el nombre de su barrio y

---

<sup>3</sup> Compañía Republicana de Seguridad, tropas anti-motín de la policía

se enfrentan a la policía son la pesadilla del buen ciudadano individualizado a la francesa: encarnan todo aquello a lo que él ha renunciado, toda la alegría a la que él ya no accederá. Resulta impertinente existir en un país en el que un niño que se pone a cantar es desairado inevitablemente con un “icállate, que vas a hacer llover!”, donde la castración escolar descarga un tenso flujo de generaciones de policías empleados. El persistente aura de Mesrine<sup>4</sup> mancha menos su rectitud y su audacia que el hecho de haber emprendido la venganza de aquello de lo que todos deberíamos vengarnos. O más bien que deberíamos vengarnos directamente, allí donde continuamos dando rodeos, difiriendo. Pues no hay duda que por mil bajezas inadvertidas, por todas las clases de murmuraciones, con una pequeña y fría maldad, con una venenosa cortesía, el francés no cesa de vengarse, permanentemente y contra todos, del aplastamiento al que se ha resignado. Era el momento en que el *ijode al policía!* toma el lugar del *isí, señor agente!* En este sentido, la hostilidad sin matiz de ciertas bandas no hace sino expresar de una manera un poco menos sorda el mal ambiente, el mal espíritu de fondo, el deseo de destrucción salvadora en la que se consume el país.

Llamar “sociedad” a la muchedumbre de extranjeros en medio de la cual vivimos es una usurpación tan grande que incluso los sociólogos sueñan con renunciar a un concepto que fue, durante un siglo, su sustento. Ahora prefieren la metáfora de la *red* para describir la manera en que se conectan las soledades cibernéticas, en la que se anudan las interacciones débiles conocidas bajo nombres como “colega”, “contacto”, “amigo”, “relación”, o de “aventura”. Sucede de todos modos que esas redes se condensan en un *medio* en el que no se reparte otra cosa que códigos y donde no se juega sino la incesante recomposición de una identidad.

---

<sup>4</sup> Jacques Mesrine, celebre atracador de bancos de los 70 quien fue considerado por el Estado y los periodistas, después de escapar de varias cárceles y matar algunos policías, “enemigo público n°1”. Ha sido abatido en el 79.



Se perdería el tiempo en detallar lo que hay de agonizante en las relaciones sociales existentes. Se dice que regresa la familia, que vuelve la pareja. Pero la familia que regresa no es la que se fue. Su regreso no es más que una profundización de la separación reinante, que sirve para engañar, volviéndose ella misma el engaño. Cada uno puede testimoniar las dosis de tristeza que condensan cada año las fiestas familiares, sus trabajosas sonrisas, los apuros de ver disimular en vano a todo el mundo, ese sentimiento de que hay un cadáver ahí, sobre la mesa, y que todo el mundo hace como si no pasara nada. De la aventura al divorcio, del concubinato a la reconciliación, cada cual se resiente de la inanidad del triste núcleo familiar, pero la mayoría parece estimar que sería más triste aún renunciar. La familia no es tanto la asfixia de la influencia maternal o el patriarcado de las trompadas sino este abandono infantil a una cómoda dependencia, en la que todo es conocido, este momento de indiferencia frente a un mundo en el que nadie puede negar que se derrumba, un mundo en el que “volverse autónomo” es un eufemismo que significa “haber encontrado un patrón”. Se quisiera encontrar en la familiaridad biológica la excusa para corroer dentro de nosotros cualquier determinación ligeramente rompedora, para hacernos renunciar, con el pretexto de que se nos ha visto crecer, un volverse viejo como por causa de la gravedad que ya hay en la infancia. De esta corrosión, es necesario preservarse.

La pareja es como el último escalón de la gran catástrofe social. Es el oasis en medio del desierto humano. Se viene a buscar en ella bajo los auspicios de lo “íntimo” todo lo que ha desertado tan evidentemente de las relaciones sociales contemporáneas: el calor, la sencillez, la verdad, una vida sin teatro ni espectador. Pero pasado el atolondramiento amoroso, la “intimidad” termina en su deserción: ella misma es un invento social, habla el lenguaje de la prensa femenina y de la psicología, es como el resto blindado de estrategias hasta el hastío. En esto no hay más verdad que en cualquier otra cosa, aquí también dominan la mentira y las leyes de

extranjería. Y cuando, por fortuna se le encuentra, esta verdad, reclama una partición que desmiente la propia forma de la pareja. El por qué de que los seres se aman es también lo que los vuelve amables y arruina la utopía del autismo entre dos.

En realidad, la descomposición de todas las formas sociales es una oportunidad. Es para nosotros la condición ideal para una experimentación masiva, salvaje, de nuevos arreglos, de novedosas fidelidades. La famosa “dimisión paterna” nos ha impuesto una confrontación con el mundo que ha ganado para nosotros una precoz lucidez y que augura bellas revueltas. En la muerte de la pareja, vemos nacer inquietantes formas de afectividad colectiva, ahora que el sexo es usado hasta la saciedad, que la virilidad y la feminidad son unos viejos vestidos apolillados, que tres decenios de continuas innovaciones pornográficas han agotado los atractivos de la transgresión y la liberación. Lo que hay de incondicional en los lazos de parentesco, contamos con hacerlo la armadura de una solidaridad política tan impenetrable a la injerencia estatal como un campamento de gitanos. Hasta las subvenciones interminables que numerosos padres se ven obligados a dar a su proletarizada prole se pueden convertir en una forma de mecenazgo a favor de la subversión social. “Volverse autónomo”, podría querer decir, también: aprender a pegarse en la calle, a ocupar casas vacías, a no trabajar, a amarse locamente y a robar en los almacenes.

## TERCER CÍRCULO

“LA VIDA, LA SALUD, EL AMOR SON PRECARIOS ¿POR QUÉ HABRÍA DE ESCAPAR EL TRABAJO A ESTA LEY?”<sup>5</sup>



No hay una cuestión tan embrollada en Francia como la del trabajo. No hay relación más enrevesada que la de los franceses con el trabajo. Vayan a Andalucía, a Argelia, a Nápoles: en el fondo se desprecia el trabajo. Vayan a Alemania, a los Estados Unidos, a Japón: se reverencia el trabajo. Las cosas cambian, es verdad. Ahora aparecen *otaku* en Japón, *frobe Arbeitslose* en Alemania y *work-abolics* en Andalucía. Pero por el momento esto no son más que curiosidades. En Francia, se emplean manos y pies para trepar por la jerarquía, pero se halaga en privado el no trabajar más que el otro. Se queda a trabajar hasta las diez de la noche cuando el laburo está desbordado, pero nunca hubo escrúpulos en robar, por aquí y por allá, material de la oficina, o en purgar del stock de la caja las piezas defectuosas para venderlas luego. Se odia a los patrones, pero se quiere ser empleado a toda costa. Tener trabajo es un honor y trabajar una marca de servilismo. En resumen: el perfecto cuadro clínico de la histeria. Se ama detestando, se detesta amando. Y cada uno sabe del estupor y el desarraigo que golpea al histérico cuando este pierde a su víctima, a su dueño. Lo más frecuente es que no se restablezca.

---

<sup>5</sup> Frase celebre de Laurence Parisot, presidenta del MEDEF (Movimiento de Empresas Francesa) –la organización patronal francesa.

En este país, fundamentalmente *político*, que es Francia, el poder industrial siempre ha sido sumiso al poder estatal. La actividad económica nunca ha dejado de estar desconfiadamente dirigida por una administración puntillosa. Los grandes patrones que no provienen de la nobleza de Estado por la vía Politechnique-ENA<sup>6</sup> son los parias del mundo de los negocios donde se admite, en secreto, que dan un poco de lástima. Bernard Tapie<sup>7</sup> es su trágico héroe: adulado un día, en la cárcel al siguiente, *siempre intocable*. Que ahora este en la escena teatral no tiene nada de sorprendente. Contemplándole como se contempla a un monstruo, el público francés le mantiene a distancia y, por el espectáculo de una tan fascinante infamia, se preserva de su contacto. Pese al gran bluff de los años ochenta, *el culto a la empresa nunca arraigó en Francia*. El que escriba un libro para vilipendiarla tiene un seguro best seller. Los managers, sus costumbres y su literatura pueden pavonearse en público, pero dejan a su alrededor un cordón sanitario de burla sorda, un océano de desprecio, un mar de sarcasmos. El empresario no forma parte de la familia. Aun, en la jerarquía de lo detestable, se le prefiere el policía. Ser funcionario sigue siendo, contra viento y marea, contra los *golden boys* y las privatizaciones, la definición aceptada del *buen* trabajo. Se puede envidiar la riqueza de los que la poseen, pero no se envidia su puesto.

Sobre el fondo de esta neurosis, los sucesivos gobiernos todavía pueden declarar la guerra al desempleo, y pretender librar la “batalla del empleo” mientras los ex ejecutivos acampan con sus portátiles en las carpas de Médecins du

---

<sup>6</sup> Escuelas de altos funcionarios, unión de la cuasi totalidad de las elites políticas y económicas del país.

<sup>7</sup> Curioso personaje del folclore mediático galo, quien empezó su carrera como vendedor de electrodomésticos y se hizo multimillonario especulando en los 80. En los 90 llegó a ser ministro del presidente Mitterrand, antes de tener algunos problemas con la justicia. Después de la prisión, se dedico a rehacer su fortuna y, entre otras cosas, a actuar para la televisión.

Monde<sup>8</sup> en las orillas del Sena. Cuando las exclusiones masivas de las listas del ANPE<sup>9</sup> se esfuerzan por hacer descender el número de desempleados por debajo de los dos millones a pesar de todos los trucos estadísticos. Cuando sólo el RMI<sup>10</sup> y el *biz* son la garantía, según la misma opinión de los *Renseignements Généraux*<sup>11</sup>, contra una explosión social posible en cualquier momento. Es tanta la psíquica economía de los franceses que es la propia estabilidad política del país lo que está en juego con el mantenimiento de la ficción trabajista.

Nos importa un carajo esta ficción.

Pertenece a una generación que vive *muy bien* sin esta ficción. Que nunca pensó en la jubilación ni en el derecho laboral, todavía menos en el derecho *al* trabajo. Que no es tampoco “precaria” como se complacen en teorizarla las facciones más avanzadas de la militancia izquierdista, porque ser precario es definirse todavía en relación a la esfera del trabajo, para ser más preciso en su *descomposición*. Admitimos la necesidad de ganar dinero, sean cuales sean los medios para ello, porque en el presente es imposible prescindir de él, pero no de la necesidad de trabajar. Por cierto, nosotros no trabajamos: nosotros *laboramos* o *curramos*. La empresa no es un lugar en el que nosotros existimos, es un lugar que atravesamos. No somos cínicos, somos sólo reticentes a dejar que abusen de nosotros. Los discursos sobre la motivación, la calidad, la inversión personal resbalan sobre nosotros para mayor angustia de los gestores de recursos humanos. Se dice que estamos decepcionados de la empresa, que ésta no ha pagado

---

<sup>8</sup> ONG que atiende a los sin-techos.

<sup>9</sup> Agencia estatal para el empleo.

<sup>10</sup> Renta Mínima de Integración, un subsidio a los pobres (alrededor de 400 € por mes).

<sup>11</sup> Policía de *Informes Generales*, servicio dedicado a recolectar información sobre los ciudadanos.

la lealtad de nuestros padres, despedidos demasiado a la ligera. Se miente. Para estar frustrado, es necesario haber esperado algo. Y nosotros nunca hemos esperado nada de ella: la vemos como lo que es y nunca ha dejado de ser: un juego para víctimas con confort variable. Sólo lamentamos que nuestros padres hayan mordido el anzuelo.

La confusión de sentimientos que rodea la cuestión del trabajo se puede explicar así: la noción de trabajo siempre tuvo dos dimensiones contradictorias: una dimensión de *explotación* y una dimensión de *participación*. Explotación de la fuerza de trabajo individual y colectiva por la apropiación privada o social de la plusvalía; participación en una obra común mediante los lazos que se tejen entre los que cooperan en el seno del universo productivo. Estas dos dimensiones están viciosamente confundidas en la noción del trabajo, lo que explica la indiferencia de los trabajadores, a fin de cuentas, tanto frente a la retórica marxista, que niega la dimensión participativa, como ante la retórica del management que niega la dimensión explotadora. De ahí, también, la ambivalente relación con el trabajo, a la vez deshonrado en tanto que nos hace ajenos a lo que hacemos y adorado en tanto es una parte de nosotros la que en él está en juego. El desastre, aquí, es previsible: reside en todo lo que ha necesitado destruir, en todos aquellos que ha necesitado desarraigar para que el trabajo acabe por aparecer como *la única manera de existir*. El horror del trabajo es menor en el propio trabajo que la destrucción metódica, desde hace siglos, de todo lo que no es trabajo: familiaridades de barrio, de oficio, de pueblo, de lucha, de parentesco; apego a los lugares, a los seres, a las estaciones, a las maneras de hacer y de hablar.

Ahí reside la actual paradoja: el trabajo ha triunfado sin duda sobre el resto de las maneras de existir, al mismo tiempo que los trabajadores se han vuelto superfluos. Los aumentos de productividad, la deslocalización, la mecanización, la automatización, la digitalización de la producción han progresado tanto que han reducido a casi nada la

cantidad de trabajo vivo necesario para la confección de cualquier mercancía. Vivimos la paradoja de una sociedad de trabajadores sin trabajo donde la diversión, el consumo, las distracciones no hacen sino acentuar todavía más la carencia de aquello de lo que nos deberían distraer. La mina de Carmaux, que se hizo célebre hace un siglo por sus violentas huelgas, ha sido reconvertida en Cap Découverte. Es un “sector multiocio” hecho para el skateboard y la bicicleta, y que se enseña en un “museo de la Mina” en el que se simulan las explosiones de grisú para los veraneantes.

En las empresas, el trabajo se divide siempre de la manera más visible en empleos altamente cualificados, concepto, control, coordinación, comunicación unidos para la realización de todos los saberes necesarios del nuevo proceso de producción cibernética, y en empleos descalificados de subsistencia y mantenimiento del proceso. Los primeros son una pequeña cantidad, muy bien pagados y fonsiguientemente codiciados por una minoría que no quiere dejar escapar ni una migaja. Ellos y su trabajo se hacen uno, es cierto, en una angustiada unión. Ejecutivos, científicos, lobbystas, investigadores, programadores, consultores, ingenieros no cesan literalmente *jamás* de trabajar. Hasta sus planes para follar aumentan su productividad. “Las empresas más creativas son también aquellas en las que las relaciones íntimas son más numerosas” teoriza un filósofo para DRH (Director de Recursos Humanos). “Los colaboradores de la empresa, confirman en Daimler-Benz, forman parte del capital de la empresa (...) Su motivación, su saber hacer, su capacidad de innovación y su preocupación por los deseos de la clientela constituyen la materia prima de los servicios innovadores (...) Su comportamiento, su competencia social y emocional tienen una importancia creciente en la evaluación de su trabajo (...) Éste nunca más será evaluado por el número de horas de presencia sino en base a objetivos claros y a la calidad de los resultados. Ellos son los empresarios.”

El conjunto de las tareas que no pueden ser confiadas a la automatización forman una nebulosa de puestos que, al no poder ser ocupados por las máquinas, son ocupables por cualquier humano, manipuladores, almacenistas, trabajadores en cadena, trabajadores temporales, etc. Esta flexible mano de obra, indiferenciada, que pasa de una tarea a otra y nunca se queda demasiado tiempo en una empresa, no puede constituirse en una fuerza, no estando nunca en el centro de los procesos de producción sino pulverizada en una multitud de intersticios, ocupada en tapar los agujeros de lo que no ha sido mecanizado. El interino es la figura de este obrero que nunca es uno, que no tiene otro oficio sino las capacidades que vende a lo largo de sus tareas, y en las que la disponibilidad es todavía un trabajo.

A partir de ahora, al margen de este núcleo de trabajadores efectivos, necesarios para el buen funcionamiento de la máquina, se extiende una mayoría convertida en supernumeraria, útil a la circulación de la producción, pero nada más y cuya ociosidad supone, para la máquina, un riesgo de sabotaje. La amenaza de una desmovilización general es el fantasma que atormenta el actual sistema de producción. A la pregunta “¿Por qué trabajar, entonces?” no todo el mundo responde como aquella ex Rmiste<sup>12</sup> à *Libération*: “Por mi bienestar. Tenía que ocuparme en algo”. *Existe un serio riesgo de que terminemos por encontrar un empleo a nuestra desocupación*. Esta población flotante debe estar ocupada, o ser mantenida. Ahora bien, no se ha encontrado hasta el día de hoy un mejor método disciplinario que el asalariado. Habrá entonces que continuar con el desmantelamiento de los “beneficios sociales” para devolver al seno salarial a los más rebeldes, aquellos que sólo se rinden ante la alternativa entre morir de hambre y pudrirse en la cárcel. La explosión del sector esclavista de los “servicios personales” debe seguir: empleadas domésticas, restauración, masaje, asistencia a domicilio, prostitución,

---

<sup>12</sup> Beneficiario del subsidio de “integración”.



cuidados médicos, ocio terapéutico, ayuda psicológica, etc. Todo ello acompañado de una continúa revalorización de las normas de seguridad, de higiene, de comportamiento y de cultura, de una aceleración en la fugacidad de las modas, que asientan por sí mismas la necesidad de estos servicios. En Rouen, los parquímetros han cedido su lugar al “parquímetro humano”: alguien que se aburre en la calle y expide un ticket de estacionamiento y alquila, si es el caso, un paraguas para el mal tiempo.

El orden del trabajo fue el orden de un mundo. La evidencia de su ruina pasma ante la idea de todo lo que eso implica. Trabajar, hoy, se vincula menos a la necesidad *económica* de producir mercancías que a la necesidad *política* de producir productores y consumidores, de salvar por cualquier medio el orden del trabajo. Producirse a sí mismo, se está volviendo la ocupación dominante de una sociedad en la que la producción se ha vuelto sin objeto: como un carpintero al que se le hubiera quitado su taller y quien se pusiera, por desesperación, a lijarse a sí mismo. De ahí el espectáculo de esos jóvenes que se entrenan para sonreír en su entrevista de trabajo, que se hacen blanquear los dientes para ascender, que van a las discotecas para estimular el espíritu de equipo, que aprenden inglés para impulsar su carrera, que se divorcian o se casan para actualizarse, que hacen cursos de teatro para convertirse en líderes o de “desarrollo personal” para mejor “manejar los conflictos”. “‘El desarrollo personal’ más íntimo, según cualquier gurú, llevará a una mejor estabilidad emocional, a una más fácil apertura a las relaciones, a una agudeza intelectual mejor dirigida, y en consecuencia a un mejor desempeño económico”. El bullicio de este pequeño mundo que espera con impaciencia ser seleccionado mientras se entrena en ser natural, revela un intento de salvamiento del orden laboral a través de una ética de la *movilización*. Estar movilizado es relacionarse con el trabajo no como actividad, sino como posibilidad. Si el parado que se quita sus piercings, va al peluquero y hace “proyectos”, trabaja correctamente “en su empleabilidad”, como se dice, está

mostrando su movilización. La movilización, es esa ligera disociación de sí mismo, ese mínimo desgarramiento de lo que nos constituye, esa condición de ajenidad a partir de la cual el Yo puede ser tomado como objeto de trabajo, a partir del que se hace posible venderse a sí mismo y no su fuerza de trabajo, hacerse pagar no por lo que se hace sino por lo que se es, por nuestro exquisito dominio de los códigos sociales, nuestras capacidades relacionales, nuestra sonrisa o nuestra presentación. Es la nueva norma de socialización. La movilización opera la fusión de dos polos contradictorios del trabajo: aquí, se participa en su explotación y se explota toda participación. Uno mismo es, idealmente, una pequeña empresa, su propio patrón y su propio producto. Se trata, se trabaje o no, de acumular contactos, competencias, la “red”, en resumen: el “capital humano”. La exhortación planetaria a movilizarse bajo el menor pretexto –el cáncer, el “terrorismo”, un terremoto, los SDF<sup>13</sup>- resume la determinación de las potencias reinantes de mantener el reino del trabajo más allá de su desaparición física.

El presente aparato de producción es entonces, de un lado, esta gigantesca máquina de movilizar psíquicamente y físicamente, de chupar la energía de los seres humanos convertidos en excedentarios, del otro es esta máquina de *seleccionar* que decide la supervivencia de las subjetividades conformes y abandona a los “individuos de riesgo”, a todos aquellos que representan otro empleo de la vida, y que por lo tanto, le resisten. De un lado, se hace vivir a los fantasmas y, por otro se deja morir a los vivos. Esta es la función propiamente política del aparato de producción presente.

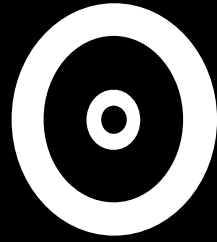
Organizarse por encima y en contra del trabajo, desertar colectivamente del régimen de la movilización, manifestar la existencia de una vitalidad y de una disciplina en la *propia desmovilización* es un crimen que una civilización desesperada no puede perdonarnos; esta es en efecto la única manera de sobrevivirle.

---

<sup>13</sup> Sin Domicilio Fijo, sin-techos.

## CUARTO CÍRCULO

“¡MÁS SIMPLE, MÁS DIVERTIDO,  
MÁS MÓVIL, MÁS SEGURO!”



Que no se nos hable más de “la ciudad” y de “el campo”, y menos aún de su antigua oposición. Lo que se extiende a nuestro alrededor no se le parece ni de cerca ni de lejos: es una única capa urbana, sin forma y sin orden, una zona desolada, indefinida e ilimitada, un continuum mundial de hipercentros museificados y de parques naturales, de grandes urbanizaciones e inmensas explotaciones agrícolas, de zonas industriales y de lotes, de casas rurales y de bares a la moda: la metrópolis. Existió la ciudad antigua, la ciudad medieval o la ciudad moderna: no hay ciudad metropolitana. La metrópolis quiere ser la síntesis de todo el territorio. Todo cohabita en ella, no tanto geográficamente sino por el tejido de sus redes.

Justamente porque acaba de desaparecer, la ciudad se ha fetichizado como la Historia. Las manufacturas de Lille se vuelven salas de espectáculo, el centro de hormigón del Havre es patrimonio de la Unesco. En Pekín, los hutongs que rodean la Ciudad Prohibida son destruidos y reconstruidos, un poco más allá, para los curiosos. En Troyes, se pegan fachadas de ensamblando sobre edificios en perpiaños, es un arte del plagio que no deja de evocar las tiendas de estilo victoriano de Disneyland París. Los centros históricos, que han sido durante tanto tiempo asiento de sedición, encuen-

tran dócilmente su lugar en el organigrama de la metrópolis. Son entregados al turismo y al consumo ostentoso. Son los islotes de mercado de país de hadas, que se mantienen para la feria y la estética, por la fuerza también. La asfixiante cursilería de los mercadillos de Navidad se paga con cada vez más vigilantes y patrullas municipales. El control se integra maravillosamente al paisaje de la mercancía, mostrando a quien la quiera ver su cara autoritaria. La época es una mezcla, mezcla de musiquillas, de matracas telescópicas y de algodón de azúcar. Lo que eso supone de vigilancia policial, ¡un encanto!

Ese gusto por lo auténtico -entrecomillas-, y el control que va con él, acompaña a la pequeña burguesía en su colonización de los barrios populares. Empujada fuera de los hipercentros, va a buscar allí una “vida de barrio” que nunca encontraría entre los edificios Phénix. Y expulsando a los pobres, los coches y los inmigrantes, dejando el terreno *impecable*, limpio, extrayendo microbios, destruye lo que ella misma venía buscando. Sobre un cartel municipal, un barrendero tiende la mano a un guardián de la paz; el slogan dice: “Montauban, ciudad limpia”.

La decencia que obliga a los urbanistas a no hablar más de “la ciudad”, que ellos mismos han destruido, sino de “lo urbano”, debería incitarles también a no hablar más de “el campo”, que ya no existe. Lo que hay, en su lugar, es un paisaje que se muestra a las masas estresadas y desarraigadas, un pasado que ya se puede escenificar, ahora que los campesinos han sido reducidos a tan poco. Es un marketing que se despliega sobre un “territorio” donde todo ha de ser valorado o constituido en patrimonio. Siempre es el mismo vacío glacial que llega hasta el campanario más recóndito.

La metrópolis es esta muerte simultánea de la ciudad y el campo, en el cruce donde convergen todas las clases medias, en ese medio de la clase del medio, que se estira indefinidamente desde el éxodo rural hasta la “suburbanización”. A la vitrificación del territorio mundial le sienta bien el cinismo de la arquitectura contemporánea. Un instituto,

un hospital, una mediateca son tan sólo variaciones sobre un mismo tema: transparencia, neutralidad, uniformidad. Edificios, masivos y fluidos, concebidos sin necesidad de saber lo que acogerán y que *aquí podrían estar* tan bien como en cualquier otra parte. ¿Qué hacer con las torres de oficinas de la Defensa, de la Part Dieu o de Euralille? La expresión “flamantemente nuevo” contrae en sí todo su destino. Un viajero escocés, después de que los insurrectos hubiesen quemado el Ayuntamiento de París en mayo de 1871, atestigua la singularidad del esplendor del poder en llamas: “(...) nunca había imaginado nada más bello; es soberbio. Las gentes de la Comuna son horriblemente deshonestas, no lo niego; pero ¡qué artistas! ¡Y no han sido conscientes de su obra! (...) Vi las ruinas de Amalfi bañadas por el azul oleaje del Mediterráneo, las ruinas de los templos de Tung-hoor en el Punjab; vi Roma y muchas otras cosas: nada se puede comparar a lo que he tenido esta noche ante mis ojos”.

Quedan, atrapados en la malla metropolitana, algunos fragmentos de ciudad y algunos residuos del campo. Pero lo vivaz, él, ha hecho su barrio en los lugares de relegación. La paradoja quiere que los sitios aparentemente más inhabitables sean los únicos que de alguna manera aun estén habitados. Una vieja casa ocupada siempre parecerá más habitada que los apartamentos de standing en los que no se puede más que colocar los muebles y perfeccionar la decoración a la espera de la siguiente mudanza. En muchas megalópolis las chabolas son los últimos lugares vivos, vivibles y, sin duda, también los más mortales. Son el reverso del decorado electrónico de la metrópolis mundial. Las ciudades-dormitorio de la periferia Norte de París, abandonadas por una pequeña burguesía que partió en búsqueda de chalets, devueltas a la vida por el desempleo masivo, resplandecen más intensamente que el Barrio Latino. Tanto por la palabra como por el fuego.

El incendio de noviembre de 2005 no nace de la extrema desposesión, como tanto se ha dicho, sino por el contrario de la plena posesión de un territorio. Se pueden

quemar los coches porque así se molesta, pero para propagar el motín durante un mes y mantener largo tiempo en jaque a la policía, es preciso saber organizarse, tener cómplices, conocer perfectamente el terreno, compartir un lenguaje y un enemigo común. Los kilómetros y las semanas no han impedido la propagación del fuego. A las primeras hogueras respondieron otras allí donde menos se esperaban. El rumor es incontrolable, no se le pone bajo escucha.

La metrópolis es el territorio de un conflicto incesante de baja intensidad, en el que las tomas de Basora, de Mogadiscio o de Nablus marcan los momentos culminantes. La ciudad, para los militares, fue durante mucho tiempo un lugar a evitar, incluso a asediar; la metrópolis, en sí misma, es totalmente compatible con la guerra. El conflicto armado es sólo un momento en su constante reconfiguración. Las batallas libradas por las grandes potencias parecen un trabajo policial siempre necesario de repetir, en los agujeros negros de la metrópoli –“que sea en Burkina Faso, en el Bronx del sur, en Kamagasaki, en Chiapas o en la Courneuve”. Las “intervenciones” no apuntan a la victoria, ni siquiera a restablecer el orden y la paz, sino a continuar una empresa de seguridad desde siempre en marcha. La guerra ya no se puede aislar en el tiempo, sino que se atomiza en una serie de microoperaciones, militares y policiales, para asegurar la seguridad.

La policía y el ejército se adaptan paralelamente y paso a paso. Un criminólogo pide a las CRS que se organicen en pequeñas unidades móviles y profesionalizadas. La institución militar, cuna de métodos disciplinarios, pone en entredicho su organización jerárquica. Un oficial de la OTAN aplica, a su batallón de artilleros, un “método participativo que implique a cada uno en el análisis, la preparación, la ejecución y la evaluación de una acción. El plan es discutido y rediscutido durante días, a lo largo del entrenamiento y según las últimas órdenes recibidas (...) Nada como un plan elaborado en común para aumentar tanto la adhesión como la motivación.”

Las fuerzas armadas no sólo se adaptan a la metrópolis sino que le dan forma. Así, los soldados israelíes, tras la batalla de Nablus, se hacen arquitectos de interior. Obligados por la guerrilla palestina a abandonar las calles, demasiado peligrosas, aprenden a avanzar vertical y horizontalmente dentro de las edificaciones urbanas, tumbando muros y techos para poder moverse. Un oficial de las fuerzas de defensa israelíes, diplomado en filosofía, explica: “El enemigo interpreta el espacio de un modo clásico, tradicional y yo me niego a seguir su interpretación y caer en sus trampas (...) ¡Lo quiero sorprender! Es esa la esencia de la guerra. Tengo que ganar (...) He escogido la metodología que me permite atravesar los muros, como un gusano que avanza comiendo lo que encuentra en su camino.” Lo urbano es más que el teatro del enfrentamiento, es entonces el propio medio. Esto recuerda los consejos de Blanqui, al partido de la insurrección, quien recomendaba a los futuros insurgentes de París tomar las casas de las calles con barricadas para proteger sus posiciones, romper los muros para comunicarlas, derribar las escaleras del primer piso y agujerear los techos para defenderse de eventuales asaltantes, arrancar las puertas para tapar las ventanas y hacer de cada piso un puesto de tiro.

La metrópolis no es más que esta nebulosa urbanizada, esta colisión final de la ciudad y el campo, es un flujo de seres y de cosas. Una *corriente* que atraviesa toda una red de fibras ópticas, de líneas del TVG<sup>14</sup>, de satélites, de cámaras de videovigilancia para que este mundo jamás pare de correr hacia su ruina. Una corriente que quisiera arrastrar todo en su movilidad sin esperanza, que *movilice* a cada uno. Donde se es asaltado por tantas informaciones como por fuerzas hostiles. Donde no queda más que correr. Donde se vuelve difícil esperar, incluso el enésimo tren del metro.

La multiplicación de los medios de transporte y de comunicación nos arranca sin interrupción del *aquí* y del *ahora* con la tentación de estar siempre en otro lado. Tomar

---

<sup>14</sup> Tren de alta velocidad, o tren-bala.

un TGV, un RER<sup>15</sup>, un teléfono para estar ya-allá. Esta movilidad no implica sino desarraigo, aislamiento, exilio. Sería insoportable para cualquier persona a no ser por la movilidad del espacio privado, del interior portátil. La burbuja privada no estalla sino que flota. No es el fin del *cocooning* sino su puesta en movimiento. En una estación, en un centro comercial, en un banco de negocios, de un hotel a otro, siempre esta extranjería, tan banal, tan conocida que se hace familiar. La lujuria de la metrópolis consiste en esta mezcla de ambientes definidos, susceptibles de recombinarse indefinidamente. Los centros urbanos se muestran no como lugares idénticos sino como originales ofertas de ambientes, entre las que nos movemos, eligiendo una, dejando otra, hasta llegar al extremo de una especie de shopping existencial entre los estilos de los bares, de la gente, de los diseños o entre los *playlists* de un ipod. “Con mi lector de mp3, soy el amo de mi mundo”. Para sobrevivir a la creciente uniformidad, la única opción es reconstituir sin cesar el mundo interior como un niño que reconstruye para sí la misma cabaña en todas partes. Como Robinson reproduciendo su universo de tendero en la isla desierta, salvo que en nuestro caso, la isla desierta es la civilización y en ella ya somos miles de millones los que hemos venido desembarcando.

Precisamente porque es una arquitectura de flujos, la metrópoli es una de las formaciones humanas más vulnerables que existen. Flexible, sutil, pero vulnerable. Un cierre total de fronteras a causa de una terrible epidemia, cualquier carencia en un abastecimiento vital, un bloqueo organizado de los ejes de comunicación y todo el decorado se hunde, ya no es posible esconder la carnicería que le acecha. Este mundo no iría tan deprisa si su desmoronamiento no le estuviese persiguiendo constantemente.

Su estructura en red, toda su infraestructura tecnológica de lazos y de conexiones, su arquitectura descentralizada quisieran proteger a la metrópoli de sus inevitables disfuncionamientos. Internet debe resistir un ataque nuclear.

---

<sup>15</sup> El RER es una red de ferrocarriles comunicando París con los municipios aledaños.



El control permanente de los flujos de información, de hombres y de mercancías debe asegurar la movilidad metropolitana, el seguimiento, asegurar que nunca falte un stock de mercancías, que nunca se encuentre un billete robado en el comercio o un terrorista en el avión. Gracias a un chip RFID, a un pasaporte biométrico, a un fichero de ADN.

Pero la metrópoli también produce los medios de su propia destrucción. Un experto americano en seguridad explica la derrota en Irak por la capacidad de la guerrilla para sacar provecho a los nuevos modos de comunicación. Más que importar democracia lo que los Estados Unidos han importado en esta invasión han sido redes cibernéticas. Trajeron consigo una de las armas de su derrota. La multiplicación de los teléfonos portátiles y de los puntos de acceso a Internet ha dado a la guerrilla medios inéditos de organización, que la hacen difícilmente atacable.

Cada red tiene sus puntos débiles, sus conexiones a destruir para que se detenga la circulación, para que el tejido estalle. El último gran apagón europeo lo ha mostrado: habrá bastado un incidente en una línea de alta tensión para sumir a buena parte del continente en la oscuridad. El primer gesto para que pueda surgir cualquier cosa en medio de la metrópoli, para que se abran otros posibles, es detener su *perpetuum mobile*. Es lo que han comprendido los rebeldes tailandeses que hacen saltar los repetidores eléctricos. Es lo que han comprendido los anti-CPE<sup>16</sup>, que han bloqueado las universidades para, luego, intentar bloquear la economía. Esto es lo que también comprendieron los estibadores americanos en la huelga de octubre de 2002 por el mantenimiento de trescientos empleos y que bloquearon durante diez días los puertos principales de la costa Oeste. La economía americana es tan dependiente de los flujos provenientes de Asia que el costo del bloqueo sería de mil millones de euros diarios. Con diez mil personas, se puede hacer vacilar a la mayor potencia económica mundial. Para ciertos “expertos”, si la acción se prolongase un mes más,

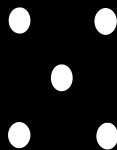
---

<sup>16</sup> Lucha estudiantil del 2006.

estaríamos asistiendo a “una vuelta a la recesión en los Estados Unidos y una pesadilla para el Sureste asiático”.

## QUINTO CÍRCULO

“MENOS BIENES, MÁS VÍNCULOS”



Treinta años de paro masivo, de “crisis”, de crecimiento en descenso y todavía se nos quiere hacer creer en la economía. Treinta años acompañados, es cierto, de algunos entreactos de ilusión: el entreacto 1981/83, la ilusión de que un gobierno de izquierda podía traer la felicidad al pueblo; el entreacto de los años dinero (1986/89), en el que todos nos íbamos a hacer ricos, hombres de negocios y corredores de bolsa; el entreacto Internet (1998/2001), donde todos encontraríamos un empleo virtual a fuerza de estar conectados, donde Francia multicolor pero una, multicultural y cultivada, ganaría todas las copas del mundo. Pero mirémonos, hemos gastado todas nuestras reservas de ilusión, hemos tocado fondo, estamos sin dinero, cuando no en sobregiro.

A la fuerza se ha comprendido: no es la economía la que está en crisis, la economía es la crisis; no es el trabajo lo que falta, es el trabajo *lo que está de más*; pensándolo bien, no es la crisis sino el crecimiento lo que nos deprime. Hay que reconocerlo: la letanía de las cotizaciones bursátiles nos conmueve lo mismo que una misa en latín. Afortunadamente para nosotros, somos algunos los que hemos llegado a esta conclusión. No hablamos de todos los que viven de estafas diversas, de tráfico de cualquier género o que viven del RMI

desde hace diez años. De todos los que no logran identificarse más con su trabajo y se reservan a sus diversiones. De todos los colocados, todos los escondidos, los que hacen el mínimo, pero son un máximo. De todos aquellos a los que sorprende esta extraña *indiferencia masiva*, a la que acentúa aún más el ejemplo de los jubilados y la cínica sobreexplotación de una mano de obra flexibilizada. No hablamos de ellos aunque, de una u otra manera, deben llegar a una conclusión parecida.

De lo que hablamos es de todos esos países, de esos continentes enteros que han perdido la fe económica tras haber visto pasar con cajas destempladas los Boeing del FMI, por haber probado un poco del Banco mundial. Nada, allí, de esta crisis de vocaciones que sufre indolentemente, en Occidente, la economía. De lo que se trata en Guinea, en Rusia, en Argentina, en Bolivia es de un duradero y violento descrédito de esta religión y de su clero. “¿Qué son mil economistas del FMI yaciendo en el fondo del mar?- Un buen principio”, se bromea en el Banco mundial. Un chiste ruso: “Dos economistas se encuentran. Uno pregunta al otro: “¿Entiendes lo que pasa?” y el otro responde: “Espera, te lo voy a explicar.” “No, no, retoma el primero, explicarlo no es difícil, también soy economista. No, lo que te pregunto es: ¿sí lo entiendes?”. El propio clero finge entrar en disidencia y criticar el dogma. La última corriente un poco viva de la pretendida “ciencia económica” -corriente que se autodenomina, sin bromear la “economía no autista”- se propone, en adelante, demostrar las usurpaciones, las jugarretas, los índices adulterados de una ciencia cuyo único papel tangible es agitar el ostensorio en torno a las elucubraciones de los dominantes, rodear de un poco de ceremonia sus llamadas a la sumisión y finalmente, como siempre lo han hecho las religiones: *dar explicaciones*. Pues la desgracia general deja de ser soportable en la medida que se muestre como lo que es: sin causa ni razón.

El dinero ya no es respetado en ninguna parte, ni por aquellos que lo tienen ni por aquellos a quienes les falta. El veinte por ciento de los jóvenes alemanes, cuando se les pregunta qué quieren hacer en el futuro, responden “artista”. El trabajo ya no se soporta como algo inherente a la condición humana. La contabilidad de las empresas confiesa que ya no sabe de dónde surge el valor. Sin la pasión y los amplios medios de sus apólogos, la mala fama del mercado hubiera acabado con él desde hace un buen decenio. En todas partes el progreso se ha convertido, según el sentido común, en un sinónimo de desastre. Todo huye en el mundo de la economía, como todo huía en la URSS durante la época de Andropov. Quien esté un poco interesado en los últimos años de la URSS percibirá sin esfuerzo en todas las llamadas al voluntarismo de nuestros dirigentes, en todas los arrebatos sobre un futuro del que se ha perdido la pista, en todas las profesiones de fe en “la reforma” de absolutamente todo, los primeros crujidos en la estructura del Muro. El hundimiento del bloque socialista no consagró el triunfo del capitalismo sino que solamente demostró la quiebra de una de sus formas. Por otra parte, la muerte de la URSS no fue la consecuencia de una revuelta popular sino de una nomenclatura en reconversión. Proclamando el fin del socialismo, una parte de la clase dirigente se ha liberado de todas los deberes anacrónicos que la unían a su pueblo. Ha tomado el control *privado* de lo que ya controlaba, pero en nombre de todos. “Ya que fingen pagarnos, finjamos trabajar”, se decía en las fábricas. “Da igual, idejemos de fingir!”, respondió la oligarquía. Para unos, las materias primas, las infraestructuras industriales, el complejo militar-industrial, los bancos, las discotecas y para los otros, la miseria o la emigración. Así como ya no se creía en URSS bajo Andropov, hoy tampoco se cree en Francia en las reuniones, en los talleres, en las oficinas. “¡Da igual!”, responden patronos y gobernantes, que no se toman la molestia de alivianar “las duras leyes de la economía”, trasladan una fábrica en la noche para anunciar al personal su cierre en la mañana siguiente y no vacilan en

enviar el GIGN<sup>17</sup> para detener una huelga - como se hizo en la de SNCM<sup>18</sup> o durante la ocupación, el año anterior, en un centro de selección de basuras en Rennes. Toda la mortífera actividad del poder actual consiste en administrar esta ruina por un lado y por el otro plantar las bases de una “nueva economía”.

Sin embargo, nos habíamos acostumbrado a la economía. Generación tras generación se nos disciplinaba, se nos pacificaba, se había hecho de nosotros *sujetos*, naturalmente productivos, contentos de consumir. Y he aquí que se revela todo lo que nos esforzábamos en olvidar: que la economía es una política. Y que esta política, hoy, es una política de selección en el seno de una humanidad convertida, masivamente, en superflua. De Colbert a De Gaulle pasando por Napoleón III, el Estado siempre ha concebido la economía como política, no menos que la burguesía, que obtiene beneficios, y los proletarios que la enfrentan. No existe sino este extraño estrato intermedio de la población, este curioso agregado sin fuerza *de los que no toman partido*, la pequeña burguesía, que siempre ha simulado creer en la economía como en una realidad- porque así su neutralidad quedaba preservada. Pequeños comerciantes, pequeños patronos, pequeños funcionarios, cuadros, profesores, periodistas, intermediarios de todas las clases forman en Francia esta no-clase, esta gelatina social compuesta por la masa de los que simplemente quisieran pasar su pequeña vida privada alejados de la Historia y de sus tumultos. Este pantano está predispuesto a ser el campeón de la falsa conciencia, listo a todo para guardar, en su somnolencia, los ojos cerrados a la guerra que arrasa a su alrededor. Cada esclarecimiento del frente es marcado en Francia por la invención de un nuevo capricho. Durante los últimos diez años, éste fue ATTAC y su inverosímil tasa Tobin - cuya instauración habría requerido

---

<sup>17</sup> Grupo de gendarmes de élite, normalmente dedicado a los casos muy violentos, tal como atracos de bancos o secuestros.

<sup>18</sup> Compañía marsellesa de transporte marítimo

nada menos que la creación de un gobierno mundial-, su apología de la “economía real” contra los mercados financieros y su conmovedora nostalgia del Estado. La comedia duró lo que duró, y acabó en una insípida mascarada. De una extravagancia a otra, llega el decrecimiento. Si ATTAC con sus cursos de educación popular ha intentado salvar a la economía como *ciencia*, el decrecimiento pretende salvaguardarla como moral. Sólo hay una alternativa al Apocalipsis en marcha, decrecer. Consumir y producir menos. Volverse alegremente frugales. Comer bio, andar en bicicleta, dejar de fumar y controlar estrictamente los productos que se compran. Contentarse con lo estrictamente necesario. Sencillez voluntaria. “Redescubrir la verdadera riqueza en el desarrollo de relaciones sociales amistosas en un mundo sano”. “No agotar nuestro capital natural”. Avanzar hacia una “economía sana”. “Evitar la regulación por el caos.” “No generar una crisis social poniendo en duda la democracia y el humanismo”. Resumiendo: *volverse ahorrador*. Volver a la economía de Papá, a la edad de oro de la pequeña burguesía: los años 50. “Cuando el individuo se convierte en un buen ahorrador, su propiedad cumple por completo su misión, que es la de permitirle disfrutar de su propia vida al abrigo de la existencia pública o en la reclusión privada de su vida”.

Un grafista vestido con un jersey artesanal bebe un coctel de frutas, entre amigos, en la terraza de un café étnico. Somos cultos, cordiales, nos tomamos el pelo moderadamente, no hacemos mucho ruido ni estamos en silencio, nos miramos sonriendo, un poco beatos: somos tan civilizados. Más tarde unos irán a cuidar un trozo de jardín mientras otros irán a hacer cerámica, zen o una película de animación. Se comparte el sentimiento de formar parte de una humanidad nueva, la más sabia, la más refinada, la última. Y se tiene razón. Apple y el decrecimiento se comprenden curiosamente en la civilización futura. La idea de unos de retornar a la economía de antaño es la oportuna confusión detrás de la cual avanza la idea del gran salto tecnológico de

los otros. Porque los retornos no existen en la Historia. La exhortación a volver al pasado no expresa más que una de las formas de conciencia de su tiempo y raramente la menos moderna. El decrecimiento, no por casualidad, es la bandera de los publicitarios disidentes de la revista *Casseurs de pub*<sup>19</sup>. Los inventores del crecimiento cero -el Club de Roma en 1972- eran un grupo de industriales y de funcionarios que se basaban en un informe de los cibernéticos del MIT.

Esta convergencia no es fortuita. Se inscribe en el esfuerzo por encontrar un relevo a la economía. El capitalismo, que ha destruido en su beneficio todo lo que subsistía de las relaciones sociales, se lanza ahora a su reconstrucción *sobre sus propias bases*. La sociabilidad metropolitana actual es su incubadora. Del mismo modo, ha destruido los espacios naturales y ahora se lanza a la loca idea de reconstruirlos como medioambientes controlados, dotados de paneles solares adecuados. A esta nueva humanidad corresponde una nueva economía, que quisiera no ser una esfera separada de la existencia sino su propio tejido, que quisiera ser la materia de las relaciones humanas; una nueva definición del trabajo como trabajo sobre uno mismo, y del Capital como capital humano; una nueva idea de la producción como producción de bienes para las relaciones y el consumo como consumo de situaciones; y sobre todo una nueva idea del valor que abarcaría todas las cualidades de los seres. Esta “bioeconomía” en gestación concibe el planeta como un sistema cerrado a administrar e intenta sentar las bases de una ciencia que integraría todos los parámetros de la vida. Una ciencia así podría hacernos regresar algún día a los buenos tiempos de los indicadores engañosos en los que se pretendía medir la felicidad del pueblo mediante el crecimiento del PIB, pero en los que nadie creía.

“Revalorizar los aspectos no económicos de la vida” es una consigna del decrecimiento al tiempo que un programa

---

<sup>19</sup> Literalmente *Destructores de publicidad*.



de reforma del Capital. Eco-ciudades, cámaras de video-vigilancia, espiritualidad, biotecnologías y convivencia pertenecen al mismo “paradigma civilizatorio” en formación, el de la economía total engendrada desde la base. Su matriz intelectual no es otra que la cibernética, la ciencia de los sistemas, es decir *de su control*. Para imponer definitivamente la economía, su ética del trabajo y de la avaricia, se había necesitado durante el transcurso del siglo XVII encerrar y eliminar a toda la fauna de ociosos, mendigos, brujos, locos, hedonistas y al resto de los desposeídos, a toda una humanidad que desmentía con su sola existencia el orden del interés y de la continencia. La nueva economía no se impondrá sin una selección similar de los sujetos y de las zonas aptas para la mutación. El tan anunciado caos será la ocasión para esta selección o para nuestra victoria sobre este detestable proyecto.



## SEXTO CÍRCULO

“EL MEDIO AMBIENTE ES UN  
DESAFÍO INDUSTRIAL”

La ecología es el descubrimiento del año. Desde hace treinta años, esto se dejaba a los Verdes, se reía groseramente de eso los domingos para fingir interés el lunes. Y ahora nos alcanza. Invade las ondas como una canción de verano, porque tenemos veinte grados en diciembre.

Una cuarta parte de las especies de peces ha desaparecido de los océanos. El resto no durará mucho tiempo.

Alerta de gripe aviar: se promete acabar rápidamente con las aves migratorias, por centenares de miles.

La tasa de mercurio en la leche materna es diez veces superior a la autorizada en la de vaca. Y estos labios que se hinchan cuando muerdo la manzana - que venía sin embargo del mercado. Los gestos más simples se han convertido en tóxicos. Se muere a los treinta y cinco años “de una larga enfermedad” que se controlará como se ha controlado el resto. Hubiera sido necesario sacar las conclusiones antes que ella nos llevase allí, al pabellón B del centro de cuidados paliativos.

Hay que confesarlo: toda esta “catástrofe”, con la que nos mantienen tan ruidosamente, no nos afecta. Al menos no antes de que nos golpee una de sus previsibles consecuencias. Puede que nos concierna, pero no nos *afecta*. Y es ahí donde esta la catástrofe.

No hay “catástrofe medioambiental”. Existe esta catástrofe *que es el medio ambiente*. El medio ambiente, es lo que le queda al hombre cuando lo ha perdido todo. Los que habitan en un barrio, una calle, un valle, una guerra, un taller no tienen “medio ambiente”, evolucionan en un *mundo* lleno de presencias, peligros, amigos, enemigos, puntos de vida y puntos de muerte, de toda clase de seres. Este mundo tiene su consistencia, que varía con la intensidad y la calidad de los vínculos que nos unen a todos esos seres, a todos esos lugares. No existimos sino nosotros, hijos de la desposesión final, exiliados de última hora -que llegan al mundo en cubos de hormigón, que recogen frutos en los supermercados y que acechan los ecos del mundo en la tele- para *tener un medio ambiente*. No hay nadie, sino nosotros, para asistir a nuestro aniquilamiento como si se tratase de un simple cambio de atmosfera. Para indignarse ante los últimos avances del desastre y hacer la larga lista.

Lo que está fijado en un medio ambiente, es una relación con el mundo basada en la *gestión*, es decir, en la extrañeza. Una relación con el mundo tal que no estamos hechos del mismo modo que el murmullo de los árboles, los olores de las frituras de un edificio, el chorreo del agua, el ruido de los patios de la escuela o el sudor de las noches de verano, una relación con el mundo tal en la que existo yo y mi medio ambiente, que me envuelve sin nunca constituirme. Nos hemos convertido en vecinos de una reunión de copropiedad planetaria. Difícil imaginarse un infierno más completo.

Ningún medio material ha merecido jamás el nombre de “medio ambiente”, salvo tal vez ahora la metrópolis. La voz computarizada de los anuncios vocales, tranvía al silbido tan del siglo XXI, luz azulada que reverbera como una cerilla gigante, peatones convertidos en frustrados maniqués, rotación silenciosa de una cámara de video-vigilancia, lúcido tañido de los bornes del metro, de las cajas del supermercado, de los marcadores de tarjeta en las oficina, ambiente electrónico de cibercafé, derroche de pantallas de plasma, de

vías rápidas y de látex. Nunca un decorado pasó tanto de las almas que lo atraviesan. Nunca un medio fue más *automático*. Nunca un contexto fue más indiferente ni exigió a cambio, para sobrevivir, una tan igual indiferencia. El *medio ambiente*, no es finalmente más que esto: la relación con el mundo propio de la metrópolis que se proyecta sobre todo lo que se le escapa.

La situación es la siguiente: se ha empleado a nuestros padres en destruir este mundo, ahora se quisiera hacernos trabajar en su reconstrucción y que ésta sea, para colmo, rentable. La mórbida excitación que anima actualmente periodistas y publicistas ante cada noticia que demuestre el calentamiento climático devela la sonrisa de acero del nuevo capitalismo verde, el que se pronosticaba desde los años 70, que se aguardaba a la vuelta del camino y que no llegaba. Pues bien, ¡aquí está! ¡La ecología es él! Las soluciones alternativas, ¡también son él! La salvación del planeta, ¡es aún él! Sin ninguna duda: el fondo del aire es verde; el medio ambiente será el eje de la economía política del siglo XXI. A cada episodio de catastrofismo corresponde desde ahora una ráfaga de “soluciones industriales”.

El inventor de la bomba H, Edward Teller, recomienda la pulverización de millones de toneladas de polvo metálico en la estratosfera para detener el calentamiento climático. La NASA, frustrada por tener que haber guardado su gran idea del escudo antimisiles en el museo de fantasmagorías de la guerra fría, promete colocar, más allá de la órbita, un espejo gigante para protegernos de los, desde ahora, funestos rayos del sol. Otra visión del porvenir: una humanidad motorizada rodando con bioetanol desde Sao Paulo hasta Estocolmo; el sueño de un cerealista de Beauce, que después de todo no implica más que la reconversión de *todas* las tierras cultivables del planeta en campos de soja y de remolacha azucarera. Automóviles ecológicos, energías renovables, consultoría medioambiental coexisten sin problemas con la última publicidad de Chanel a lo largo de las páginas glaseadas de las revistas de opinión.

Es porque el medio ambiente posee este incomparable mérito de ser, nos dicen, el primer *problema global* que se presenta a la humanidad. Un *problema global*, es decir, un problema al que sólo pueden dar solución los que están organizados globalmente. Y a esos se les conoce. Son los grupos que, tras casi un siglo, están a la vanguardia del desastre y cuentan con seguir ahí, al mínimo precio de un cambio de logo. Que EDF (Electricidad De Francia) tenga el impudor de volver a presentarnos su programa nuclear como *nueva solución* a la crisis energética mundial dice bastante acerca de cuánto se parecen las nuevas soluciones a los viejos problemas.

Desde las secretarías de Estado hasta los reservados de los cafés alternativos, las preocupaciones se dicen desde ahora con las mismas palabras, que son, por lo demás, las mismas de siempre. Se trata de *movilizarse*. No para la reconstrucción, como en la postguerra, no por los etíopes, como en los años 80, no por el empleo, como en los años 90. No, esta vez, es por el medio ambiente. Él les da las gracias. Al Gore, la ecología a la Hulot<sup>20</sup> y el decrecimiento se ponen al lado de las eternas grandes almas de la República para representar su papel de reanimación del pueblito de izquierdas y del consabido idealismo de la juventud. Enarbolando la austeridad voluntaria, trabajan voluntariamente para volvernos conformes al “estado de urgencia ecológica que se aproxima”. La masa redonda y pegajosa de su culpabilidad se abate sobre nuestros fatigados hombros y quisiera empujarnos a cuidar nuestro jardín, a seleccionar nuestras basuras, a fabricar bio-abono con los restos del macabro festín en el que y por el cual hemos sido infantilizados.

Gestionar la salida de la energía nuclear, los excedentes de CO<sub>2</sub> en la atmósfera, el deshielo de los polos, los huracanes, las epidemias, la superpoblación mundial, la erosión de

---

<sup>20</sup> Célebre presentador de televisión, en cuyos programas siempre recorre las cimas más altas del mundo o los mares más profundos, es decir para la naturaleza es un espectáculo extremo. Creo que renunció, poco tiempo atrás, en apoyar el Dakar –otra forma extrema de apreciar la pacha mama.

los suelos, la desaparición masiva de especies vivas será nuestra carga. “Es a cada uno a quien corresponde cambiar sus comportamientos”, dicen ellos, si queremos salvar nuestro hermoso modelo civilizatorio. Es necesario consumir poco *para poder seguir consumiendo*. Producir bio *para poder seguir produciendo*. Es necesario auto-forzarse *para poder seguir forzando*. He aquí como la lógica de un mundo espera sobrevivir dándose aires de ruptura histórica. He aquí como se nos querría convencer para participar en los grandes desafíos industriales del siglo que comienza. Atontados como estamos, estaríamos listos a saltar en los brazos de aquellos que han presidido el saqueo, para que ellos nos saquen de allí.

La ecología no sólo es la lógica de la economía total, es también la nueva moral del Capital. El estado de crisis interna del sistema y el rigor de la selección en curso son tales que se necesita un nuevo criterio a nombre del cual hacer este tipo de selecciones. La idea de la virtud nunca fue, en cada época, más que un invento del vicio. No sería posible, sin la ecología, la existencia actual de dos redes de alimentación, una “sana y biológica” para los ricos y sus hijos, otra notablemente tóxica para la plebe y sus retoños destinados a la obesidad. La híper-burguesía planetaria no sabría hacer pasar por respetable su tren de vida si sus últimos caprichos no fuesen escrupulosamente “respetuosos con el medio ambiente”. Sin la ecología, nada tendría la suficiente autoridad para silenciar las objeciones a los exorbitantes progresos del control.

Trazabilidad, transparencia, certificación, ecotasas, excelencia medioambiental, vigilancia del agua permiten augurar el estado de excepción ecológica que se anuncia. Todo le está permitido a un poder que se legitima en la Naturaleza, la salud y el bienestar.

“Una vez que la nueva cultura económica y conductista se incorpore a las costumbres, las medidas coercitivas decaerán *sin duda* por sí mismas”. Es necesario todo el ridículo aplomo de un aventurero de plató televisivo para mantener una perspectiva tan gélida y pedirnos, al mismo

tiempo, a tener la suficiente conciencia del “daño al planeta” para movilizarnos y dejarnos suficientemente anestesiados para asistir a todo ello con moderación y educación. El nuevo ascetismo bio es el *control de sí* requerido por todos para negociar la operación de salvamento a la que el sistema ha llegado por sí mismo. Así como ayer se hacía en nombre de la economía, en adelante deberemos apretarnos el cinturón en nombre de la ecología. La carretera seguramente podría claro está transformarse en ciclo-rutas, puede que incluso nosotros pudiéramos, según nuestras latitudes, ser gratificados un día con una renta garantizada, pero sólo al precio de una existencia enteramente terapéutica. Los que pretenden que el autocontrol generalizado nos ahorrará tener que soportar una dictadura medioambiental mienten: el uno preparará el terreno del otro y nosotros tendremos los dos.

Mientras existan el Hombre y el Medio Ambiente habrá policía entre ellos.

Se le debe dar la vuelta a todo el discurso ecologista. Ahí en donde hablan de “catástrofes” para designar los patinazos del actual régimen de gestión de los seres y las cosas, nosotros sólo vemos la catástrofe de su perfecto funcionamiento. La mayor hambruna conocida hasta entonces en la zona tropical (1876-1879) coincide con una sequía mundial, pero sobre todo con el apogeo de la colonización. La destrucción de los mundos rurales y de sus prácticas alimenticias hizo desaparecer los medios para hacer frente a la escasez. Más que la falta de agua, son los efectos de la economía colonial en plena expansión los que han cubierto de millones de cadáveres descarnados toda la zona tropical. Lo que se presenta por doquier como una catástrofe ecológica nunca ha dejado de ser, en primer lugar, la manifestación de una desastrosa relación con el mundo. No habitar nada nos hace vulnerables al menor bache del sistema, al menor imprevisto climático. Mientras se aproximaba el último tsunami los turistas seguían jugueteando con las olas, mientras los cazadores-recolectores de las islas se apresuraban a huir de las costas siguiendo a los pájaros. La presente paradoja de la ecología es que, bajo el



pretexto de salvar la Tierra, ella no salva sino el fundamento de lo que ha dejado asolado este planeta.

La regularidad del funcionamiento mundial oculta en tiempo normal nuestro estado de desposesión propiamente catastrófico. Lo que se llama “catástrofe” no es más que la suspensión formal de este estado, uno de esos raros momentos en los que recuperamos alguna presencia en el mundo. ¡Que se llegue antes de lo previsto al final de las reservas de petróleo, que se interrumpan los flujos internacionales que mantienen el tempo de la metrópolis, que se camine hacia grandes desórdenes sociales, que sobrevenga el “salvajismo de las poblaciones”, la “amenaza planetaria”, el “fin de la civilización”! Cualquier pérdida de control es preferible a todos los escenarios de manejo de la crisis. Los mejores consejos, entonces, no hay que buscarlos en los especialistas en desarrollo sostenible. Es en las disfunciones, en los cortocircuitos del sistema donde aparecen los elementos de respuesta lógicos a lo que podría dejar de ser un problema. Entre los firmantes del protocolo de Kyoto, los únicos países que actualmente cumplen sus compromisos son Ucrania y Rumania. Adivine por qué. La experimentación más avanzada a escala mundial en agricultura “biológica” se hace desde 1989 en la isla de Cuba. Adivine por qué. Es a lo largo de las carreteras africanas, y no en otro lado, donde la mecánica automovilística se ha elevado al rango de arte popular. Adivine cómo.

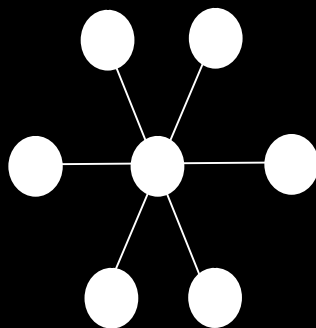
Lo que hace deseable la crisis es que en ella el medio ambiente deja de ser el medio ambiente. Somos conducidos a reanudar un contacto, tal vez fatal, con lo que está ahí, a reencontrar los ritmos de la realidad. Lo que nos rodea ya no es más paisaje, panorama, teatro sino lo que nos es dado habitar, con lo que nos debemos integrar y de lo que podemos aprender. No nos dejaremos robar por quienes han causado los posibles argumentos de la “catástrofe”. Allí donde los gestores se preguntan platónicamente cómo cambiar radicalmente “sin romper la baraja”, nosotros no vemos otra opción realista que “romper la baraja” lo antes posible, y sacar provecho, entonces, en cada derrumbe del sistema para ganar fuerza.

Nueva Orleans días después del paso del huracán Katrina. En esta atmósfera de apocalipsis, una vida, aquí y allá, se reorganiza. Ante la pasividad de los poderes públicos, más ocupados en limpiar las zonas turísticas del “Barrio francés” y en proteger los almacenes que en ayudar a los habitantes pobres de la ciudad, renacen las formas olvidadas. Pese a las tentativas, en ocasiones autoritarias, de obligar a abandonar la zona, pese a las partidas de “caza al negro” constituidas para la ocasión por las milicias supremacistas, muchos no han querido abandonar su tierra. Para ellos, que renunciaron a ser deportados como “refugiados medioambientales” por todo el país y para los que, un poco en todas partes, han decidido unirse a ellos en solidaridad a una llamada de un antiguo Pantera Negra, resurgió la evidencia de la autoorganización. En el espacio de algunas semanas se puso en pie la Common Ground Clinic. Este verdadero hospital de campaña dispensa desde los primeros días cuidados gratuitos y siempre más competentes gracias a la incesante llegada de voluntarios. Desde hace un año hasta ahora, la clínica es el origen de una resistencia cotidiana a la operación de hacer tábula rasa ejecutada por los buldóceres del gobierno para convertir esta parte de la ciudad en pasto de los promotores. Cocinas populares, abastecimiento, medicina de calle, movilizaciones ilegales, construcción de viviendas de urgencia: todo un saber práctico acumulado por unos y otros a lo largo de la vida ha encontrado el espacio para desplegarse. Lejos de los uniformes y de las sirenas.

Quien conoció la despojada alegría de los barrios de Nueva Orleans antes de la catástrofe, la desconfianza que reinaba frente al Estado y la práctica masiva de arreglárselas que existía no se habrá sorprendido de que todo esto haya sucedido. Quien, al contrario, se encuentra atrapado en la anemia cotidiana y atomizada de nuestros desiertos residenciales podrá dudar que allí se encuentre tanta determinación. Reanudar con estos gestos sepultados por años de vida normalizada es sin embargo el único camino practicable para no hundirse con este mundo. Y que llegue un tiempo en que esto se desee.

## SÉPTIMO CÍRCULO

“AQUÍ SE CONSTRUYE  
UN ESPACIO CIVILIZADO”



La primera carnicería mundial, la que, de 1914 a 1918, permitió deshacerse en un golpe de una gran parte del proletariado de campos y ciudades, fue conducida en el nombre de la libertad, de la democracia y de la civilización. Desde hace cinco años se prosigue, aparentemente, en nombre de los mismos valores, la famosa “guerra contra el terrorismo”, con asesinatos selectivos en operaciones especiales. El paralelo se detiene aquí: en las apariencias. La civilización ya no es esta evidencia que se traslada sin más a los indígenas. La libertad ya no es esta palabra que se escribe en los muros, ahora acompañada como su sombra, por la de “seguridad”. Y la democracia está notoriamente disuelta en las más puras leyes de excepción -por ejemplo, en el restablecimiento oficial de la tortura en los Estados Unidos o en la ley Perben II<sup>21</sup> en Francia.

En un siglo, la libertad, la democracia y la civilización han sido devueltas al estado de hipótesis. En adelante, todo el trabajo de los dirigentes consiste en preservar las condiciones materiales y morales, simbólicas y sociales en las

---

<sup>21</sup> Perben era ministro de la Justicia. Los paquetes de leyes que llevan su nombre acercan, hasta confundirlos, el poder judicial y la policía. Permiten juicios inmediatos después de la detención. Cuando fueron promulgadas en el 2002, se llegó a considerarlas como una aplicación del programa político del FN de Le Pen.

que estas hipótesis son más o menos válidas, en configurar espacios donde parezca que pueden funcionar. Todos los medios valen para este fin, incluidos los menos democráticos, los menos civilizados, los más aseguradores. En un siglo la democracia presidió regularmente el nacimiento de los regímenes fascistas, que la civilización no ha dejado de rimar, acompañada de sinfonías de Wagner o de Iron Maiden, con exterminación, y que la libertad tomase un día de 1929 la doble cara de un banquero que se arroja por la ventana y de una familia de obreros que se muere de hambre. Desde entonces se acordó -digamos: desde 1945- que la manipulación de las masas, la actividad de los servicios secretos, la restricción de las libertades públicas y la completa soberanía de las diferentes policías pertenecían a los medios adecuados para asegurar la democracia, la libertad y la civilización. En el último estado de esta evolución, llega el primer alcalde socialista a París quien aporta el último impulso a la pacificación urbana, a la planificación policial de un barrio popular, y que se explica con palabras cuidadosamente calibradas: "Aquí se construye un espacio civilizado". No hay nada que decir, todo para destruir.

Bajo sus apariencias de generalidad, esta cuestión de la civilización no es ninguna cuestión filosófica. Una civilización no es una abstracción que domina la vida. Es más bien lo que rige, inviste, coloniza la existencia más cotidiana, la más personal. Es lo que mantiene unidas la dimensión más íntima y la más general. En Francia, la civilización es inseparable del Estado. Cuanto más fuerte y antiguo es un Estado, menos es una superestructura, el exoesqueleto de una sociedad, y es más, de hecho, la forma de las subjetividades que la pueblan. El Estado francés es el entramado mismo de las subjetividades francesas, el aspecto que ha tomado la multiseccular castración de sus sujetos. No hay que sorprenderse, después de esto, que la gente delire en los hospitales psiquiátricos con figuras políticas, que exista un acuerdo para ver en nuestros dirigentes el origen de todos nuestros males, que guste tanto protestar contra ellos y que

esta manera de protestar sea la aclamación por la que les entronizamos como nuestros amos. Porque aquí ya no preocupa la política como una realidad extraña sino como una parte de uno mismo. La vida que otorgamos a estas figuras es la misma que nos ha sido arrebatada.

Si hay una excepción francesa, deriva de ahí. No hay nada, ni siquiera la proyección mundial de la literatura francesa, que no sea el producto de esta amputación. La literatura, en Francia, es el espacio que se ha acordado soberanamente para la diversión de los castrados. Es la libertad formal que se ha concedido a los que no se acostumbran a la nulidad de su libertad real. De ahí los guiños obscenos que no cesan de dirigirse desde hace siglos, en este país, hombres de Estado y hombres de letras, los unos tomando prestado voluntariamente el ropaje de los otros, y recíprocamente. También de ahí que los intelectuales tuvieran la costumbre de hablar tan alto cuando son tan pequeños y de fallar siempre en el momento decisivo, lo único que hubiera dado sentido a su existencia, pero que les hubiese condenado al destierro profesional.

Que la literatura moderna nace con Baudelaire, Heine y Flaubert como consecuencia de la masacre de Estado de junio de 1848, es una tesis defendida y defendible. Las modernas formas literarias- spleen, ambivalencia, fetichismo de la forma e indiferencia mórbida- nacen de la sangre de los insurgentes parisinos y contra el silencio que rodea la matanza. La afección neurótica que los franceses profesan por su República -aquella en cuyo nombre cualquier mancha de sangre encuentra su dignidad y sin que ninguna abyección empañe su nobleza- prolonga a cada instante el rechazo de los sacrificios fundadores. Las jornadas de junio de 1848 -mil quinientos muertos en los combates y varios miles de ejecuciones sumarias de prisioneros, la Asamblea que acoge la rendición de la última barricada al grito de “¡Viva la República!” -y la Semana sangrienta son las manchas de nacimiento que ninguna cirugía puede quitar.

Kojève escribía en 1945: “El ideal político ‘oficial’ de Francia y de los franceses es hoy todavía el del Estado-nación, el de la ‘República una e indivisible’. Por otra parte, en lo profundo de su alma, el país se da cuenta de lo insuficiente de este ideal, del anacronismo político de la idea estrictamente ‘nacional’. Desde luego, este sentimiento todavía no ha alcanzado el nivel de una idea clara y distinta: el país ni puede ni quiere formularla abiertamente todavía. Por cierto, por razón del brillo sin par de su pasado nacional, para Francia es particularmente difícil reconocer con claridad y aceptar francamente el hecho del final del período ‘nacional’ de la Historia y de sacar todas las consecuencias. Es duro para un país que ha creado todas las piezas de la armadura ideológica del nacionalismo y que lo ha exportado al mundo entero, reconocer que, en adelante, no se trata más que de una pieza para clasificar en los archivos históricos”.

La cuestión del Estado-nación y de su duelo conforma el corazón de lo que es preciso llamar, desde hace más de medio siglo, el *malestar francés*. Se denomina educadamente “alternancia” a esta moratoria tetanizada, a este movimiento pendular de izquierda a derecha, y después de derecha a izquierda, cómo la fase maníaca sigue a la fase depresiva y prepara la siguiente, cómo cohabitan en Francia la oratoria más crítica del individualismo y el cinismo más feroz, la mayor generosidad y el pavor a las muchedumbres. Desde 1945, este malestar, que sólo pareció disiparse a favor de mayo del 68 y su fervor insurreccional, no ha dejado de profundizarse. La era de los Estados, de las naciones y sus repúblicas se clausura; el país que le ofrendó todo lo que tenía de vital continúa aturdido. La deflagración que causó la simple frase de Jospin “el Estado no lo puede todo”, se adivina la que se producirá tarde o temprano con la revelación de que ya no puede nada. Este sentimiento de haber sido engañado no cesa de crecer y de gangrenarse. Fundó la rabia latente que crece a cada ocasión. El luto que no se hizo de la era de las naciones es la clave del

anacronismo francés, y de las posibilidades revolucionarias que mantiene en la reserva.

Cualquiera que sea el resultado, el papel de las próximas elecciones presidenciales es el de señalar el fin de las ilusiones francesas, hacer estallar la burbuja histórica en la que vivimos y que hace posibles *acontecimientos* como ese movimiento contra el CPE<sup>22</sup> que se escruta en el extranjero, como un mal sueño escapado de los años 70. Es por eso que, en el fondo, nadie quiere a esas elecciones. Francia sigue siendo el farolillo *rojo* de la zona occidental.

Occidente, hoy en día, es un Marin que se lanza sobre Falloudja a bordo de un carro de combate Abraham M1 escuchando rock pesado a todo volumen. Es un turista perdido en medio de las estepas de Mongolia, burla de todos y que aprieta su Tarjeta de Crédito como única tabla de salvación. Es un ejecutivo que sólo jura por el juego del go. Es una muchacha que busca su felicidad en la ropa, los muchachos y las cremas hidratantes. Es un militante suizo de los derechos humanos que recorre todos los rincones del planeta, solidario con todas las causas siempre que ya estén derrotadas. Es un español al que no le importa la libertad política mientras que se le garantice la libertad sexual. Es un amante del arte que ofrece a la desconcertada admiración, y como última expresión del genio moderno, un siglo de artistas que, del surrealismo al accionismo vienés, rivalizan sobre quién escape más cerca de la cara de la civilización. Es, en fin, un cibernético que ha encontrado en el budismo una teoría realista de la consciencia y un físico de partículas que ha buscado en la metafísica hindú la inspiración para sus últimos descubrimientos.

Occidente es una civilización que ha sobrevivido a todas las profecías sobre su derrumbamiento mediante una singular estratagema. Igual que la burguesía tuvo que negarse a sí misma *en tanto que clase* para permitir el aburguesamiento de la sociedad, desde el obrero hasta el

---

<sup>22</sup> Referencia al movimiento estudiantil y popular del 2006.

barón. Igual que el capital que tuvo que sacrificarse *en tanto relación salarial* para imponerse como relación social, convirtiéndose así en capital cultural y capital salud al tiempo que capital financiero. Igual que el cristianismo que tuvo que sacrificarse como religión para sobrevivir como estructura afectiva, en tanto requerimiento difuso en la humildad, la compasión y la impotencia, *Occidente se ha sacrificado como civilización particular para imponerse como cultura universal*. La operación se resume así: una entidad agonizante se sacrifica como contenido para sobrevivir como forma.

El fragmentado individuo se salva como forma gracias a las tecnologías “espirituales” de autoayuda. El patriarcado, cargando a las mujeres con todos los atributos penosos del macho: voluntad, control de sí, insensibilidad. La sociedad desintegrada, propagando una epidemia de sociabilidad y diversión. Así son las grandes ficciones caducas de Occidente que se mantienen gracias a artificios que las desmienten punto por punto.

No existe el “choque de civilizaciones”. Lo que existe es una civilización en estado de muerte clínica, sobre la que se despliega un equipo de supervivencia artificial y que extiende una pestilencia característica por la atmósfera planetaria. En este punto, no hay uno sólo de sus “valores” en los que todavía pueda creer de algún modo y cualquier afirmación le produce el efecto de un acto impúdico, de una provocación que conviene despiezar, deconstruir y reducir al estado de duda. El imperialismo occidental, en la actualidad, es el del relativismo, del es tu “punto de vista”, es la mirada de reojo o la protesta ofendida contra todo lo que sea suficientemente animal, suficientemente primitivo o lo bastante autosuficiente para creer todavía en algo, para afirmar lo que sea. Es este dogmatismo del cuestionamiento que hace un guiño cómplice en toda la intelectualidad universitaria y literaria. Ninguna crítica es lo suficientemente radical para las inteligencias postmodernas mientras que ella encierre un vacío de certeza. El escándalo, hace un siglo, residía en



cualquier negación un poco ruidosa, hoy reside en cualquier afirmación que no dude.

Ningún orden social puede fundarse duraderamente sobre el principio de que nada es verdad. También, es necesario *hacerlo resistir*. En nuestros días, la aplicación a cualquier cosa del concepto de “seguridad” expresa este proyecto de integrar en los seres mismos, en las conductas y en los lugares el orden ideal al que estos ya no están dispuestos a someterse. “Nada es verdad” no dice nada del mundo, pero lo dice todo del concepto occidental de verdad. La verdad, aquí, no se concibe como un atributo de los seres o las cosas, sino de su representación. Se tiene por verdad una representación conforme a la experiencia. La ciencia es el último resorte de este imperio de verificación universal. Ahora bien, las conductas humanas, de las más ordinarias hasta las más sabias, reposan sobre una base de evidencias desigualmente formuladas, todas las prácticas parten de un punto en el que cosas y representaciones son unidas indistintamente, lo que introduce en cualquier vida una dosis de verdad que ignora el concepto occidental. Si se puede hablar, aquí, de “gente de verdad” es para burlarse invariablemente de los pobres de espíritu. De ahí que los occidentales son universalmente considerados mentirosos e hipócritas por aquellos que fueron colonizados por ellos. De ahí que se envidie lo que *tienen*, jamás lo que *son*, lo que se menosprecia con razón. No se podría enseñar en los liceos a Sade, Nietzsche y Artaud si no se hubiera descalificado de antemano esta noción de verdad. Contener sin fin todas las afirmaciones, desactivar paso a paso las certezas que fatalmente llegan a hacerse visibles, éste es el largo trabajo de la inteligencia occidental. La policía y la filosofía son dos medios convergentes aunque formalmente distintos.

Por supuesto, el imperialismo de lo relativo encuentra en cualquier dogmatismo vacío, en cualquier marxismo-leninismo, en cualquier salafismo, en cualquier neo-nazismo, un adversario a su medida: cualquiera que, como los Occidentales, confunda afirmación y provocación.

A esas alturas, una contestación estrictamente social, que rehúsa ver que lo que nos hace frente no es la crisis de una sociedad sino la extinción de una civilización, se hace entonces, cómplice de su perpetuación. Es incluso una estrategia corriente, a partir de ahora, criticar esta sociedad con la vana esperanza de salvar esta civilización.

Aquí esta. Tenemos un cadáver sobre la espalda, pero así no nos desharemos de él. Nada hay que esperar del fin de la civilización, de su muerte clínica. Tal cual, no puede interesar más que a los historiadores. Es un *hecho*, hay que hacerlo una *decisión*. Los hechos son maleables, la decisión es política. Decidir la muerte de la civilización, decidir *cómo* va a suceder: sólo la decisión nos librára del cadáver.

# ¡EN MARCHA!



.....

Una insurrección, ya ni siquiera vemos por donde comienza. Sesenta años de pacificación, de suspensión de los cambios históricos, sesenta años de anestesia democrática y de gestión de los acontecimientos han debilitado en nosotros una cierta percepción abrupta de lo real, el sentido partisano de la guerra en curso. Para empezar, debemos recobrar esta percepción.

No hay que *indignarse* por el hecho de que desde hace cinco años se aplique una ley tan notablemente anticonstitucional como la ley sobre la Seguridad cotidiana. Es inútil protestar legalmente contra la implosión consumada del marco legal. Es preciso organizarse en consecuencia.

No hay que *comprometerse* con tal o cual colectivo ciudadano, en éste o aquel callejón sin salida de la extrema izquierda, en la última impostura asociativa. Todas las organizaciones que pretenden contestar el orden actual tienen, en más títere, la forma, las costumbres y el lenguaje de un Estado en miniatura. Todas las veleidades de “hacer política de otra manera” nunca contribuyeron, hasta hoy, más que a la extensión de los seudópodos estatales.

No hay que *reaccionar* a las noticias diarias, sino comprender cada información como una operación que descifrar en un campo hostil de estrategias, operación dirigida a suscitar en tal o cual, tal o cual tipo de reacción; y

tomar esta operación como la real información contenida en la información aparente.

No hay que *esperar* más –un claro, la revolución, el Apocalipsis nuclear o un movimiento social. Esperar aún es una locura. La catástrofe no es lo que viene sino lo que ya está. De ahora en adelante nos situamos *en* el movimiento de desplome de una civilización. Tenemos que tomar partido.

No esperar más, es de una u otra manera, entrar en la lógica insurreccional. Es escuchar de nuevo, en la voz de nuestros gobernantes, el ligero temblor del terror que nunca les abandona. Pues gobernar nunca fue otra cosa que aplazar con mil subterfugios el momento en el que el pueblo les colgará, y todo acto de gobierno no es más que un modo de no perder el control de la población.

Partimos de un punto de aislamiento extremo, de extrema impotencia. Todo está por construir para un proceso insurreccional. Nada parece menos probable que una insurrección, pero nada es más necesario.



# ENCONTRARSE

*Aferrarse a lo que experimentamos  
como real.*

*Partir de ahí.*

Un encuentro, un descubrimiento, un vasto movimiento de huelga, un temblor de tierra: cualquier acontecimiento produce verdad, alterando nuestra manera de estar en el mundo. Al revés, una constante que nos resulta indiferente, que nos deja iguales, que no compromete a nada, no merece el nombre de verdad. Hay una verdad subyacente a cada gesto, a cada práctica, a cada relación, a cada situación. La costumbre es eludirla, *manejarla*, lo que produce el característico error de muchos en esta época. De hecho, todo compromete a todo. El sentimiento de vivir en la mentira es todavía verdad. Se trata de no perderla, incluso de partir de ella. Una verdad no es una visión el mundo sino lo que nos mantiene unidos a él de modo irreductible. Una verdad no es cosa alguna que se posea sino algo que nos sostiene. Me hace y me deshace, me constituye y me destituye como individuo, me aleja de muchos y me vincula con los que la comparten.

El ser aislado que se apega al estado de las cosas tropieza fatalmente con sus semejantes. De hecho, cualquier proceso insurreccional parte de una verdad sobre la cual no se cede. Se ha visto en Hamburgo, en los años 1980, en los que un puñado de ocupantes de una casa ocupada decide que, en lo sucesivo, será necesario pasar sobre ellos para expulsarles. Fue un barrio asediado por tanques y helicópteros, por días de lucha callejera, por grandes

manifestaciones -y un ayuntamiento que, finalmente, capituló. Georges Guingouin, el “primer guerrillero de Francia”, no tuvo en 1940, otro punto de partida que la certeza de su rechazo a la ocupación. Para el Partido comunista no era entonces más que un “loco que vivía en el monte”; hasta que fueron veinte mil los locos que vivían en el monte, y liberaron Limoges.

*No retroceder ante lo que cualquier amistad traiga de político*

Se nos ha acostumbrado a una idea neutra de la amistad, como pura afección sin consecuencia. Pero cualquier afinidad es afinidad *en* una verdad común. Cualquier encuentro es encuentro *en* una afirmación común, aunque sea ésta la destrucción. Uno no se compromete inocentemente en una época en la que comprometerse con algo y no desviarse de eso conduce habitualmente al paro, en la que es necesario mentir para trabajar, y trabajar, a continuación, para conservar los medios para mentir. Seres que, partiendo de la física cuántica, se comprometían a afrontar todas las consecuencias en cualquier campo no pactarían de un modo menos político que los camaradas que mantienen una lucha contra una multinacional de la agroalimentación. Serían llamados, tarde o temprano, al abandono y al combate.

Los precursores del movimiento obrero tenían el taller y la oficina para encontrarse. Tenían la huelga para saber quiénes eran y desenmascarar a los esquirols. Tenían la relación salarial, que fija las posturas del partido del Capital y del partido del Trabajo, para dibujar solidaridades y frentes a escala mundial. Nosotros tenemos la totalidad del espacio social para encontrarnos. Tenemos los conductos cotidianos de insumisión para saber quiénes somos y desenmascarar a los esquirols. Tenemos hostilidad hacia esta civilización para delinear solidaridades y frentes a escala mundial.

*No esperar nada de las organizaciones.  
Desconfiar de todos los medios existentes,  
y en principio de convertirse en uno.*

No es extraño que se crucen, a lo largo de una desafiliación consecuente, las organizaciones -políticas, sindicales, humanitarias, asociativas, etc. Sucede incluso que se cruce algunos seres sinceros, pero desesperados, o entusiastas, pero astutos. El atractivo de las organizaciones reside en su aparente consistencia -tienen una historia, una sede, un nombre, los medios, un jefe, una estrategia y un discurso. Pero no son más que arquitecturas vacías, que difícilmente guardan el respeto debido a sus heroicos orígenes. En cada cosa como en cada uno de sus niveles, la primera ocupación que tienen es su supervivencia como organizaciones, y nada más. Sus repetidas traiciones les han enajenado, muy a menudo, la adhesión de sus bases. Y esto es porque a veces encuentran ahí seres apreciables. Pero la promesa que contiene el encuentro no se podrá realizar más que fuera de la organización y, necesariamente, contra ella.

Mucho más temibles son los *medios*, con su textura flexible, sus chismes y sus jerarquías informales. Todos los medios son a rehuir. Cada uno está como predispuesto a neutralizar una verdad. Los medios literarios están ahí para acallar la obviedad de los escritos. Los medios libertarios la de la acción directa. Los medios científicos, para retener lo que sus investigaciones implican en la actualidad para la mayoría. Los medios deportivos para limitar en sus gimnasios las diferentes formas de vida que deberían engendrar las diferentes formas de deporte. Especialmente, hay que evitar los medios culturales y los medios militantes. Son los dos asilos en que tradicionalmente fracasan todos los deseos de revolución. La tarea de los medios culturales es el de señalar las intensidades nacientes y de sustraerle, al exponerlo, el sentido de lo que hace; la tarea de los medios militantes, es quitarle la energía para hacerlo. Los medios militantes extienden su difuso tejido sobre la totalidad del

territorio francés, están en camino de convertirlo todo en revolucionario. Sólo son portadores del número de sus fracasos y del resentimiento que conciben por ello. Su fatiga, como el exceso de sus impotencias, les ha convertido en inaptos para aprovechar las posibilidades del presente. Se habla demasiado allí, al resto, a fin de llenar una pasividad desgraciada; y esto los hace policialmente poco seguros. Como es inútil esperar algo de ellos, es estúpido decepcionarse por su esclerosis. Basta abandonarles en su muerte.

Todos los medios son contrarrevolucionarios, porque su único negocio es defender su poca comodidad.

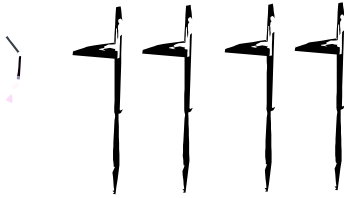
### *Constituirse en comunas*

La comuna es lo que pasa cuando seres se encuentran, se escuchan y deciden caminar juntos. La comuna, puede ser lo que se decide en el momento en que sería habitual separarse. Es la alegría del encuentro que sobrevive a su agobio de rigor. Es lo que hace que se diga “nosotros” y que sea un acontecimiento. Lo que es extraño no es que seres que concuerdan formen una comuna sino que ellos permanezcan separados. ¿Por qué las comunas no se multiplicarían hasta el infinito? En cada fábrica, en cada calle, en cada pueblo, en cada escuela. ¡Finalmente, el reino de los comités de base! Pero comunas que aceptasen ser lo que son allí donde lo son. Y si es posible, una multiplicidad de comunas que sustituyesen las instituciones de la sociedad: la familia, la escuela, el sindicato, el club deportivo, etc. Comunas que no temiesen, más allá de sus actividades propiamente políticas, organizarse para la supervivencia material y moral de cada uno de sus miembros y de todos los extraviados que les rodean. Comunas que no se definiesen -como hacen generalmente los colectivos- por un dentro y un afuera, sino por la densidad de los lazos en su interior. No por las personas que las componen sino por el espíritu que las anima.



Una comuna se forma cada vez que algunos, liberados de la camisa de fuerza individual, se comprometen a no contar más que con ellos mismos y a ajustar su fuerza a la realidad. Cualquier huelga salvaje es una comuna, cualquier casa colectivamente ocupada fundada sobre motivos claros es una comuna, los comités de acción del 68 eran comunas como lo eran las aldeas de esclavos fugitivos en Estados Unidos o radio Alice, en Bolonia en el 77. Toda comuna quiere ser su propia base. Quiere resolver la cuestión de las necesidades. Quiere romper, al tiempo que cualquier dependencia económica, cualquier sujeción política y degenera desde que pierde el contacto con las verdades que la fundan. Existen toda clase de comunas, que no esperan ni la fama, ni los medios, ni aún menos el “buen momento” que nunca llega, para organizarse.





# ORGANIZARSE

*Organizarse para no tener que trabajar*

Los empleos tranquilos se hacen cada vez más escasos, y a decir verdad, con frecuencia se pierde demasiado tiempo aburriéndose en esos lugares. Se caracterizan, además, por sus pobres condiciones de siesta y de lectura.

Se sabe que el individuo existe tan poco que debe *ganarse la vida*, que debe cambiar su tiempo por un poco de existencia social. Tiempo personal a cambio de existencia social: este es el trabajo, este es el trato. El tiempo de la comuna escapa de entrada al trabajo, no acepta la trampa, y preferirá otras. Grupos de piqueteros argentinos arrancan colectivamente un tipo de RMI<sup>23</sup> local a condición de realizar algunas horas de trabajo; no hacen estas horas, comparten sus ganancias y se dotan de talleres de confección, de panadería, ponen en marcha jardines que necesitan.

Hay que buscar dinero para la comuna, de ninguna manera con ganarse la vida. Todas las comunas tienen sus cajas negras. Las trampas son muchas. Además del RMI, existen los subsidios, las bajas por enfermedad, las becas de estudios acumuladas, las primas obtenidas por partos ficticios, todos los tráficos y muchos otros medios que nacen después de cada mutación del control. No depende de nosotros proteger esos ingresos, tampoco instalarnos en esos

---

<sup>23</sup> Subsidio a los pobres en Francia (Renta Mínima de Inserción)

abrigo de fortuna o mantenerlos como un privilegio de iniciado. Lo que es importante cultivar, difundir, es esta necesaria disposición al fraude y a compartir sus innovaciones. Para las comunas, la cuestión del trabajo no se plantea sino en función de los demás ingresos posibles. No hay que descuidar los conocimientos útiles que el ejercicio de ciertos oficios, formaciones o buenos empleos procuran.

La exigencia de la comuna es la de liberar para todos el mayor tiempo posible. Exigencia que no se contabiliza, no esencialmente, en *número de horas* libres de cualquier explotación salarial. El tiempo liberado no nos da vacaciones. El tiempo vacante, el tiempo muerto, el tiempo del vacío y del miedo a la nada, es el tiempo del trabajo. En adelante no hay un tiempo que *llenar*, sino una liberación de energía que ningún “tiempo” contiene; líneas que se dibujan, que se acentúan, que podemos seguir a voluntad, hasta el límite, hasta verlas cruzarse con otras.

### *Saquear, cultivar, fabricar*

Los veteranos de Metaleurop se hacen atracadores antes que matones. Los empleados de EDF<sup>24</sup> enseñan a sus amigos cómo sabotear el contador. El material “caído del camión” se revende rápidamente. Un mundo que se proclama tan abiertamente cínico no podía esperar ninguna lealtad de los proletarios.

Por un lado, una comuna no puede contar eternamente con el “Estado providencia”, por otro no puede contar con vivir mucho tiempo del robo en las tiendas, de la recuperación en las basuras de los supermercados o las noches en los depósitos de las zonas industriales, de la malversación de subvenciones, de las estafas a las aseguradoras y de otros fraudes, resumiendo: del pillaje. Debe preocuparse pues de incrementar permanentemente el

---

<sup>24</sup> Electricidad De Francia

nivel y la extensión de su auto-organización. Nada sería más lógico que las ruedas, las fresadoras, las fotocopiadoras vendidas en rebajas al cierre de una fábrica sirvan para apoyar alguna conspiración contra la sociedad mercantil.

Por todas partes el sentimiento de la inminencia del derrumbe es tan vivo que se hace difícil en nuestros días, enumerar cada experimento en curso en materia de construcción, de energía, de materiales, de ilegalidad o de agricultura. Existe todo un conjunto de saberes y técnicas que sólo espera ser saqueado y arrancado de su empaque moralista, canalla o ecologista. Pero este conjunto no es aún sino una parte de las intuiciones, de las habilidades, de ese ingenio propio de las chabolas que necesitaremos desplegar si esperamos repoblar el desierto metropolitano y asegurar la viabilidad de una insurrección a medio plazo.

¿Cómo comunicarse y moverse en una interrupción total de los flujos? ¿Cómo restaurar las culturas campesinas en las zonas rurales hasta que puedan soportar de nuevo las densidades de población que tenían hace sesenta años? ¿Cómo transformar los espacios hormigonados en huertos urbanos, como hizo Cuba para sobrevivir al embargo americano y a la liquidación de la URSS?

### *Formar y formarse*

Nosotros, que tanto hemos utilizado las distracciones autorizadas por la democracia mercantil, ¿qué nos ha quedado de eso? ¿Qué es lo que un día nos puso a hacer footing el domingo por la mañana? ¿Qué es lo que mantiene a todos esos fanáticos del karate, esos locos del bricolaje, de la pesca o de la micología? ¿Qué sino la necesidad de llenar una completa ociosidad, de recomponer su fuerza de trabajo o su “capital de salud”? La mayor parte de las diversiones podrían despojarse fácilmente de su carácter de absurdo, y convertirse en otra cosa. El boxeo no siempre ha sido reservado para hacer demostraciones para la Teletón o para

dar un gran espectáculo. La China de principios del siglo XX, dividida por hordas de colonos y hambrienta a causa de muchas sequías, vio a centenares de millares de campesinos pobres organizarse en torno a incontables clubes de boxeo al aire libre para reclamar a los ricos y a los colonos lo que les habían expoliado. Fue la Rebelión del *boxeador*. Nunca será demasiado temprano para aprender y practicar lo que tiempos menos pacíficos, más imprevisibles, van a requerirnos. Nuestra dependencia de la metrópolis -de su medicina, de su agricultura, de su policía- en el presente, es tal que no podemos atacarla sin ponernos en peligro. Es la consciencia no formulada de esta vulnerabilidad la que provoca la espontánea autolimitación de los actuales movimientos sociales, a que hace temer las crisis y desear la “seguridad”. Debido a ella, las huelgas han cambiado el horizonte de la revolución por el del retorno a la normalidad. Deshacerse de esta fatalidad llama a un largo y consistente proceso de aprendizaje, de múltiples, masivas experimentaciones. Se trata de saber pelearse, violentar cerraduras, curar fracturas tan bien como las anginas, construir un emisor de radio pirata, montar comedores en la calle, apuntar justo, pero también reunir los saberes dispersos y constituir una agronomía de guerra, comprender la biología del plancton, la composición de los suelos, estudiar las asociaciones de plantas y recobrar, en fin, las intuiciones perdidas, todos los usos, todas las relaciones posibles con nuestro medio inmediato y los límites, más allá de los cuales, lo agotamos; hay que hacerlo desde hoy para obtener algo más que una parte simbólica de nuestra alimentación y de nuestros cuidados.

### *Crear territorios. Multiplicar las zonas de opacidad*

Cada vez más los reformistas convienen hoy que ante “la proximidad del *pico petrolero*”, y “para reducir las emisiones de gas del efecto invernadero”, se necesita

“reubicar la economía”, favorecer el abastecimiento regional, los pequeños circuitos de distribución, renunciar a las importaciones lejanas, etc. Lo que olvidan es que lo propio de todo lo que se hace localmente en cuestiones de economía hay que hacerlo *al negro*, de manera “informal”; que esta simple medida ecológica de reubicación de la economía implica nada menos que liberarse del control estatal, o someterse a él sin reservas.

El territorio actual es el producto de varios siglos de operaciones policiales. Se ha expulsado a la gente fuera de sus campos, después de las calles, después fuera de sus barrios y finalmente fuera de los patios de sus edificios, con la loca esperanza de contener cualquier vida entre las cuatro paredes porosas de la privacidad. La cuestión del territorio no se plantea para el Estado como para nosotros. No se trata de *poseerlo*. De lo que se trata es densificar localmente las comunas, las circulaciones y las solidaridades hasta el punto de que el territorio se vuelva ilegible, opaco a cualquier autoridad. No se trata de ocupar, sino de *ser* el territorio.

Cada práctica hace existir un territorio -territorio del trato o de la caza, territorio de los juegos infantiles, de los enamorados o del motín, territorio del campesino, del ornitólogo o del paseante. La regla es sencilla: cuantos más territorios se superponen en una zona determinada, hay mayor circulación entre ellos, y el poder encuentra menos posiciones. Bares, imprentas, gimnasios, solares, librerías de viejo, tejados de edificios, mercados improvisados, kebabs, garajes, pueden escapar fácilmente a su vocación oficial si se encuentran suficientes complicidades. La auto-organización local, imponiendo su propia geografía a la cartografía estatal, la confunde, la anula: produce su propia secesión.

### *Viajar. Establecer nuestras propias vías de comunicación*

El principio de las comunas no consiste en oponer la metrópolis y su movilidad al arraigo local y la lentitud. El

movimiento expansivo de constitución de comunas debe duplicar subterráneamente al de la metrópolis. No vamos a rechazar las posibilidades de desplazamiento y de comunicación ofrecidas por las infraestructuras mercantiles, sólo a conocer sus límites. Para ello basta con ser bastante prudentes, bastante anodinos. Visitarse es más seguro, no deja huella y forja vínculos más consistentes que la mayor lista de contactos de Internet. El privilegio concedido a muchos de nosotros de poder “circular libremente” de una punta a otra del continente y sin demasiados problemas por el mundo entero es un triunfo nada despreciable para hacer que se comuniquen los focos conspirativos. Es una de las gracias de la metrópolis permitir a americanos, griegos, mexicanos y alemanes encontrarse furtivamente en París para una discusión estratégica.

El permanente movimiento entre las comunas amigas es de esas cosas que les protegen del desecamiento tanto como de la fatalidad de la renuncia. Acoger a los camaradas, tenerse al tanto de sus iniciativas, meditar su experiencia, incorporar las técnicas que ellos dominan hace más por una comuna que los estériles exámenes de conciencia a puerta cerrada. Se cometería el error de subestimar lo que de decisivo puede elaborarse en las tardes pasadas confrontando nuestras visiones sobre la guerra en curso.

### *Derribar, paso a paso, todos los obstáculos*

Como es sabido, las calles desbordan de incivildades. Entre lo que son realmente y lo que podrían ser está la fuerza centrípeta de cualquier policía, que se esfuerza por restablecer el orden; y en frente, estamos nosotros, es decir el movimiento opuesto, centrífugo. No podemos sino alegrarnos, por donde quiera que surjan, del arrebató y del desorden. No hay nada de sorprendente en que las fiestas nacionales, que nada festejan, terminen mal sistemáticamente, desde ahora. Rutilante o destrozado, el mobiliario urbano -pero ¿dónde



comienza? ¿dónde termina? -materializa nuestra común desposesión. Perseverante en su nada, no pide realmente sino regresar. Contemplemos lo que nos rodea: todo espera su momento, la metrópolis adquiere de golpe aires nostálgicos, como sólo los tienen las ruinas.

Que se vuelvan metódicas, que se sistematicen, y los incivilizados se agrupen en una guerrilla difusa, eficaz, que nos devuelva a nuestra ingobernabilidad, a nuestra indisciplina fundamental. Es inquietante que entre las virtudes militares reconocidas al partisano figure precisamente la indisciplina. De hecho, nunca se debería haber separado rabia y política. Sin la primera, la segunda se pierde en el discurso; y en la segunda, la primera se agota en griteríos. Nunca es sin tiros de advertencia que palabras como “rabiosos” o “exaltados” resurgen en política.

Respecto al método, retenemos del sabotaje el siguiente principio: un riesgo mínimo en la acción, tiempo mínimo, daños máximos. Para la estrategia, se recordará que un obstáculo derribado, pero no sumergido -un espacio liberado, pero no habitado- es fácilmente reemplazado por otro, más resistente y menos atacable.

Es inútil extenderse sobre los tres tipos de sabotaje obrero: ralentizar el trabajo, del “despacio” a la huelga de celo; romper las máquinas o entorpecer su marcha; divulgar los secretos de la empresa. Ampliados a las dimensiones de la fábrica social, los principios del sabotaje se generalizan de la producción a la circulación. La infraestructura técnica de la metrópolis es vulnerable: sus flujos no sólo consisten en el transporte de personas y mercancías, información y energía circulan a través de redes de cables y de canalizaciones, a las que es posible atacar. Sabotear con alguna consecuencia la máquina social implica hoy reconquistar y reinventar los medios para interrumpir sus redes. ¿Cómo inutilizar una línea del TGV, una red eléctrica? ¿Cómo encontrar los puntos débiles de las redes informáticas, cómo interferir las ondas radiales y volver nieve la pantalla de la televisión?

En cuanto a los obstáculos serios, es mentira tener por imposible cualquier destrucción. Lo que tiene de prometeico se debe y se resume en una verdadera apropiación del fuego, fuera de cualquier voluntarismo ciego. En 356 a C., Eróstrato quema el templo de Artemisa, una de las siete maravillas del mundo. En nuestros tiempos de consumada decadencia, los templos sólo tienen de imponente la verdad fúnebre de que *ya son ruinas*.

Destruir esta nada no es una tarea triste. Hacerlo devuelve una nueva juventud. Todo toma sentido, todo se ordena repentinamente, espacio, tiempo, amistad. No se deja piedra sin mover, se reencuentra el uso –no se es sino piedra. En la miseria de los tiempos, “joderlo todo” sirve como -no sin razón, es preciso admitirlo- la última seducción colectiva.

*Huir de la visibilidad.  
Volver el anonimato una posición ofensiva*

En una manifestación, un sindicalista arranca la máscara de un manifestante anónimo, que acaba de romper una vitrina: “Asume lo que has hecho en vez de esconderte.” Ser visible, es estar al descubierto es decir, ante todo, vulnerable. Cuando los izquierdistas de cualquier país no dejan de “visibilizar” su causa -la de los vagabundos, las mujeres, los sin-papeles- con la esperanza de que sea tomada en cuenta, hacen exactamente lo contrario de lo que deberían. No hacerse visible sino ganar para nosotros la ventaja del anonimato al que hemos sido relegados y, mediante la conspiración, la acción nocturna o enmascarada, construir una inatacable posición atacante. El incendio de 2005 da el modelo. No líderes, no reivindicaciones, no organización sino palabras, gestos, complicidades. No ser nadie socialmente no es una condición humillante, el origen de una trágica falta de reconocimiento -ser reconocido: ¿por quién?-, sino, al contrario, la condición de una máxima libertad de acción. No firmar las fechorías, no ostentar más

que siglas fantoches -todavía se recuerda la efímera BAFT (Brigada Anti-Poli de los Tarterêts)- es una manera de preservar esta libertad. Sin duda alguna, constituir un sujeto “suburbio” que sería el autor de los “motines de noviembre de 2005” habrá sido una de las primeras maniobras defensivas del régimen. Ver la cara de los que *son alguien* en esta sociedad puede ayudar a comprender la alegría de no ser nadie.

Se debe huir de la visibilidad. Pero una fuerza que se agrega en la sombra no puede siempre esquivarla. Se trata de aplazar nuestra aparición como fuerza hasta el momento oportuno. Pues cuanto más tarde nos encuentra la visibilidad, más fuertes nos encuentra. Y una vez ingresados en la visibilidad, nuestro tiempo está contado. O estamos en disposición de pulverizar su reinado en breve plazo o será ella quien nos aplaste sin tardanza.

### *Organizar la autodefensa*

Vivimos bajo ocupación, bajo ocupación policial. Las redadas de sin-papeles en plena calle, los coches camuflados surcando las calles, la pacificación de los barrios de la metrópoli con técnicas forjadas en las colonias, las declamaciones del ministro del Interior contra las “bandas”, dignas de la guerra de Argelia, nos lo recuerdan cotidianamente. Son suficientes motivos como para no dejarse atropellar, para enrolarse en la autodefensa.

En la medida en que crece y brilla, una comuna ve poco a poco las operaciones para poder apuntar a lo que la constituye. Estos contraataques toman la forma de la seducción, de la recuperación y, en última instancia, de la fuerza bruta. La autodefensa debe ser una evidencia colectiva para las comunas, tanto en la práctica como en la teoría. Impedir un arresto, reunirse rápidamente en gran número contra los intentos de expulsión, esconder a uno de los nuestros, no son reflejos superfluos para los tiempos que se

acercan. No podemos reconstruir nuestras bases sin cesar. Que se deje de denunciar la represión, que se prepare a enfrentarla.

El asunto no es sencillo, pues en la medida que se espera de la población un aumento de la colaboración policial -desde la delación al compromiso ocasional en las milicias ciudadanas-, las fuerzas policiales se funden en la masa. El modelo comodín de la intervención policial, incluso en situación de motín, es desde ahora el policía de civil. La eficacia policial durante las últimas manifestaciones contra el CPE venía de los de civil que se mezclaban en el barullo, esperando el incidente para desenmascarse: gases, porras, pelotas de goma, interpelación; todo en coordinación con los servicios de orden de los sindicatos. La sola posibilidad de su presencia basta para arrojar la sospecha entre los manifestantes: ¿quién es quién?, y paralizar la acción. Admitiendo que una manifestación no es un medio de contabilizarse sino un medio de actuar, tenemos que dotarnos de medios para desenmascarar a los policías de civiles, cazarles y llegado el caso, arrebatárles a quienes intentan detener.

La policía no es invencible en la calle, simplemente tiene medios para organizarse, entrenarse y probar continuamente nuevas armas. En comparación, nuestras armas siempre serán rudimentarias, chapuceadas y, a menudo, improvisadas sobre la marcha. En ningún caso pretenden rivalizar en potencia de fuego, sino que tratan de mantenerles a distancia, distraer su atención, ejercer una presión psicológica o abrirse paso por sorpresa y ganar terreno. Cualquier innovación desarrollada en los centros de entrenamiento de la guerrilla urbana de la gendarmería francesa no basta y sin duda nunca bastará para responder con suficiente prontitud a una multiplicidad móvil que puede golpear en varios puntos a la vez y que siempre se ocupa de mantener la iniciativa.

Las comunas son evidentemente vulnerables a la vigilancia y a las investigaciones policiales, a la policía

científica y a los servicios secretos. Las oleadas de arrestos de anarquistas en Italia y de eco-guerreros en los Estados Unidos han sido posibles por escuchas. Cualquier posible detención da lugar ahora a una toma del ADN y engorda un fichero cada vez más completo. Un ocupa barcelonés ha sido reconocido porque dejó sus huellas en los folletos que distribuía. Los métodos de fichero mejoran sin cesar, especialmente gracias a la biometría. Y si el carnet de identidad electrónico llegase a ser puesto en práctica, nuestra tarea sería todavía más difícil. La Comuna de París había arreglado en parte el problema del fichaje: quemando el Ayuntamiento, los incendiarios destruían los registros civiles. Basta con encontrar los medios para destruir para siempre las bases informáticas.





# INSURRECCIÓN

La comuna es la unidad elemental de la realidad partisana. Una escalada insurreccional no es tal vez nada más que una multiplicación de comunas, su conexión y su articulación. Según el curso de los acontecimientos, las comunas se fundan sobre entidades de mayor envergadura o incluso se dividen. Entre una banda de hermanos y hermanas unidos “a vida o muerte” y la reunión de una multiplicidad de grupos, de comités, de bandas para organizar el aprovisionamiento y la autodefensa de un barrio, incluso de una región sublevada, no hay más que una diferencia de escala, son indistintamente comunas.

Cualquier comuna no puede tender sino a la autosubsistencia y experimentar en su seno el dinero como algo insignificante y, para decirlo todo, descolocado. El poder del dinero es el de formar un lazo entre los que carecen de vínculos, el de vincular a los extraños *en tanto extraños* y, de ese modo, poniendo cualquier cosa en equivalencia, poner todo en circulación. La capacidad del dinero de vincularlo todo se compensa por la superficialidad de este vínculo en el que la mentira es la regla. La desconfianza es el fondo de la relación crediticia. El reino del dinero debe ser siempre, por este hecho, el reino del control. La abolición práctica del dinero no se puede conseguir más que por la extensión de las

comunas. La extensión de las comunas debe obedecer en cada caso a la preocupación por no exceder cierto tamaño, más allá del cual pierde el contacto consigo misma y suscita casi sin excepción una casta dominante. La comuna preferirá entonces dividirse y de este modo extenderse, al tiempo que previene una salida desgraciada.

El sublevamiento de la juventud argelina, que quemó toda la Cabilia en la primavera de 2001, se convirtió en una toma casi completa del territorio, atacando a los policías, los tribunales y todas las representaciones estatales, generalizando el motín hasta la retirada unilateral de las fuerzas del orden, hasta impedir físicamente la celebración de las elecciones. La fuerza del movimiento habría estado en la complementariedad difusa entre los múltiples componentes -aunque no fueron sino muy parcialmente representados en las interminables y desesperantemente masculinas asambleas de los comités de pueblo y otros comités populares. Las “comunas” de la siempre temblorosa insurrección argelina tienen unas veces el rostro de estos jóvenes “quemados” con gorra lanzando botellas de gas a las CNS (policía anti-motín) desde el tejado de un inmueble de Tizi Ouzon, otras veces la sonrisa socarrona de un viejo maquis metido en su albornoz, a veces también la energía de las mujeres de un pueblo de montaña haciendo funcionar, contra viento y marea, los cultivos y la cría tradicionales, sin las que los bloqueos económicos de la región nunca hubiesen podido ser tan repetidos ni tan sistemáticos.

### *De cualquier crisis se hace fuego*

“Es necesario añadir que además no se podría tratar al conjunto de la población francesa. Será preciso entonces elegir.” Así resume un experto en virología a *Le Monde*, el 7 de septiembre de 2005, lo que sucedería en caso de una pandemia de gripe aviar. “Amenazas terroristas”, “catástrofes naturales”, “alertas virales”, “movimientos sociales” y



“violencias urbanas” son para los gestores sociales otros tantos momentos de inestabilidad en los que asientan su poder mediante la selección de lo que les complace y la destrucción de lo que les incomoda. Esta es también, lógicamente, para cualquier otra fuerza la oportunidad de sumarse o de hundirse, tomando el partido contrario. La interrupción de los flujos de mercancías, la suspensión de la normalidad- basta ver el regreso de la vida social en un edificio bruscamente privado de electricidad para imaginar en lo que podría convertirse la vida en una ciudad privada de todo- y del control policial liberan potencialidades de auto-organización impensables en otras circunstancias. De eso, todos son conscientes. El movimiento revolucionario obrero lo comprendió perfectamente, haciendo de las crisis de la economía burguesa los puntos culminantes del incremento de su fuerza. Hoy, los partidos islámicos son más fuertes que nunca allí donde han sabido suplir inteligentemente la debilidad del Estado, por ejemplo: durante la ejecución de los socorros tras el terremoto de Boumerdes en Argelia, o en la asistencia cotidiana a la población del Líbano sur destruido por el ejército israelí.

Como mencionamos antes, la devastación de Nueva Orleans por el huracán Katrina dio la ocasión a todo un sector del movimiento anarquista norteamericano de adquirir una desconocida consistencia reuniendo a todos los que, sobre el terreno, resistieron a la evacuación forzosa. Los comedores de campaña suponen haber pensado previamente en el aprovisionamiento; la ayuda médica de urgencia exige que se hayan adquirido el conocimiento y el material necesarios, igual que la instalación de emisoras de radio. Lo que tienen de alegría, de superación del enredo individual, de realidad tangible insumisa al orden cotidiano y del trabajo garantiza la fecundidad política de experiencias similares.

En un país como Francia, en el que las nubes radioactivas se detienen en la frontera<sup>25</sup> y donde no se teme construir una cancerópolis sobre el antiguo emplazamiento de tipo Seveso, de la fábrica AZF<sup>26</sup>, hay que contar más sobre las crisis sociales que sobre las crisis “naturales”. Es a los movimientos sociales a quienes habitualmente corresponde interrumpir el curso normal del desastre. En efecto, estos últimos años, las diversas huelgas fueron principalmente ocasiones para el poder y las direcciones de las empresas de probar su capacidad de mantener un “servicio mínimo” cada vez más amplio, hasta restituir la interrupción del trabajo a una pura dimensión simbólica- apenas más molesta que una nevada o un suicidio en la vía del metro. Pero transformando las prácticas militantes establecidas por la ocupación sistemática de los establecimientos y el bloqueo permanente, las luchas de los colegiales de 2005 y contra el CPE han recordado la capacidad de causar daño y de ofensiva difusa de los grandes movimientos. Las bandas que han sido originadas a su estela, han dejado entrever bajo qué condiciones los movimientos pueden convertirse en lugar de nacimiento de nuevas comunas.

*Sabotear cualquier instancia representativa.*

*Generalizar la discusión.*

*Abolir las asambleas generales*

Cualquier movimiento social enfrenta como primer obstáculo, mucho antes que la policía propiamente dicha, las

---

<sup>25</sup> Referencia al trato político y mediático de las nubes de Chernobyl en 1986. En aquel entonces, se pretendió que no afectaron a Francia, a pesar de sí que afectara a Bélgica.

<sup>26</sup> El 21 de septiembre del 2001 hubo un accidente en esta fábrica de Toulouse, los químicos provocaron una explosión matando 31 personas, hiriendo más de 2500 y destruyendo parte del barrio alrededor. El consorcio Total, dueño de la empresa AZF, fue totalmente exculpado en el juicio intentado por las víctimas sobrevivientes.

fuerzas sindicales y toda esta micro-burocracia con vocación de enmarcar las luchas. Las comunas, los grupos de base, las bandas desconfían espontáneamente de ellas. Es por eso que los para-burócratas han inventado desde hace veinte años las coordinaciones que, con su ausencia de etiqueta, tienen el aspecto más inocente, pero sin embargo siguen siendo el terreno ideal de sus maniobras. Que un colectivo despistado intente la autonomía y ellos volverán a vaciarle de cualquier contenido eliminando resueltamente las cuestiones correctas. Son feroces, se enardecen; no por la pasión del debate sino por su vocación de conjurarlo. Y cuando su defensa encarnizada de la apatía puede al fin con el colectivo, explican el fracaso por la falta de conciencia política. Hay que decir que en Francia, gracias especialmente a la actividad frenética de las diferentes capillas trotskistas, no es el arte de la manipulación política lo que le falta en la juventud militante. Del incendio de noviembre de 2005, no será ella quien supo sacar esta lección: cualquier coordinación es superflua allí donde existe coordinación, las organizaciones están siempre de más allí donde la gente se organiza.

Otro reflejo consiste en, al menor movimiento, hacer una asamblea general y votar. Es un error. El simple objetivo del voto, de la resolución de ganar, basta para convertir la asamblea en una pesadilla, hacer de ella el teatro donde se enfrentan todas las pretensiones al poder. En esto sufrimos el mal ejemplo de los parlamentos burgueses. La asamblea no está hecha para la decisión sino para la palabra, para la palabra libre practicada sin objetivo.

La necesidad de reunirse es tan constante, entre los humanos, como extraña la necesidad de decidir. Reunirse responde a la alegría de experimentar una potencia común. Decidir no es vital más que en las situaciones de emergencia, en las que el ejercicio de la democracia está de todas maneras comprometido. El resto del tiempo, el “carácter democrático del proceso de toma de decisión” no es el problema más que para los fanáticos del procedimiento. No hay que criticar las asambleas ni abandonarlas, sino que hay que liberar la

palabra, los gestos y los juegos entre los seres. Basta con observar que cada uno no llega sólo con un punto de vista, una moción, sino con deseos, apegos, capacidades, fuerzas, tristezas y una cierta disponibilidad. Si se consigue así destruir el fantasma de la Asamblea General en beneficio de una *asamblea de presencias* tal, si se consigue desbaratar la siempre renaciente tentación de hegemonía, si se deja de establecer la decisión como finalidad, existen algunas oportunidades de que se produzca una de esas *tomas de postura masivas*, uno de esos fenómenos de cristalización colectiva en los que una decisión se apodera de los seres, en su totalidad o solamente en parte.

Lo mismo vale para decidir las acciones. Partir del principio de que “la acción debe ordenar el desarrollo de la asamblea”, convierte en imposible tanto la pasión del debate como la acción eficaz. Una asamblea numerosa de gentes ajenas entre sí se condena a necesitar especialistas en la acción, es decir a delegar la acción para controlarla. De un lado, la acción de los comisionados está atascada por definición, por otro nada les impide engañar a todo el mundo.

No hay que ponerle una forma ideal a la acción. Lo esencial es que la acción se dé una forma, que ella la suscite y no que la padezca. Esto supone compartir una misma posición política, geográfica -como las secciones de la Comuna de París durante la Revolución francesa- y compartir también el mismo saber circulante. En cuanto a decidir las acciones, el principio podría ser éste: que cada uno reconozca el terreno, que se superpongan las informaciones, y la decisión llegará por sí sola, nos alcanzará más que nosotros a ella. La circulación del saber anula la jerarquía, ella iguala por arriba. Comunicación horizontal, proliferante, es también el mejor modo de coordinación de las diferentes comunas, para acabar con la hegemonía.

*Obstaculizar la economía, pero adaptar nuestra potencia de bloqueo a nuestro nivel de autoorganización*

A fines de junio de 2006, en todo el estado de Oaxaca, las ocupaciones de ayuntamientos se multiplican, los insurgentes ocupan los edificios públicos. En algunas comunidades, expulsan a los alcaldes y requisicionan los vehículos oficiales. Un mes más tarde, se bloquea el acceso a ciertos hoteles y complejos turísticos. El ministro de Turismo habla de catástrofe “comparable al huracán Wilma”. Algunos años antes, el bloqueo se convirtió en una de las principales formas de acción del movimiento argentino de contestación, los diferentes grupos locales se prestan socorro mutuo bloqueando tal o cual eje, amenazando permanentemente, con su acción conjunta, con paralizar todo el país si no se satisfacían sus reivindicaciones. Tal amenaza fue durante mucho tiempo una potente palanca en manos de los ferroviarios, electricistas empleados del gas, camioneros. El movimiento contra el CPE no ha dudado en bloquear estaciones, periféricos, fábricas, autopistas, supermercados e incluso aeropuertos. En Rennes, no se necesitaron más de trescientas personas para inmovilizar la carretera durante horas y provocar cuarenta kilómetros de atascos.

Bloquearlo todo, es en adelante la primera reflexión de todo el que se alce contra el orden presente. En una economía deslocalizada, en la que las empresas funcionan magramente, donde el valor deriva de la conexión a la red, donde las autopistas son los eslabones de la cadena de producción desmaterializada que va de subcontrato en subcontrato y de allí a la cadena de montaje, bloquear la producción es también bloquear la circulación.

Pero no se puede tratar de bloquear más de lo que permite la capacidad de abastecimiento y de comunicación de los insurgentes, la auto-organización eficaz de las diferentes comunas. ¿Cómo alimentarse una vez que todo está paralizado? Saquear los comercios, como se hizo en Argentina, tiene sus límites; por inmensos que sean los

templos del consumo, no son despensas infinitas. Adquirir a largo plazo la aptitud para procurarse la subsistencia elemental implica entonces apropiarse de sus medios de producción. Y en este punto, parece inútil esperar más tiempo. Dejar, como en la actualidad, al dos por ciento de la población el compromiso de producir los alimentos de los demás es una estupidez tanto histórica como estratégica.

*Liberar el territorio de la ocupación policial.  
Evitar en lo posible el enfrentamiento directo*

“Este asunto pone de relieve que no nos enfrentamos a jóvenes que reclaman avances sociales sino a individuos que declaran la guerra a la República”, apuntaba un policía lúcido a propósito de las recientes emboscadas. La ofensiva apuntando a liberar el territorio de su ocupación policial ya está iniciada, y puede contar con las inagotables reservas de resentimiento que estas fuerzas han acumulado en su contra. Los propios “movimientos sociales” son ganados poco a poco por el motín, no menos que los juerguistas de Rennes que se enfrentaron a las CRS en el año 2005 todas las noches de los jueves o los de Barcelona que recientemente, durante un *botellón*, devastaron una arteria comercial de la ciudad. El movimiento contra el CPE ha visto el regreso habitual del cóctel molotov. Pero en esto, ciertos barrios periféricos continúan insuperables. Especialmente respecto a esta técnica que se perpetúa desde hace tiempo: la emboscada. Como el 13 de octubre en Epinay: patrullas de la BAC, tras 23 horas de servicio, recibían una llamada denunciando el robo en autos estacionados; a su llegada, uno de los equipos “se encontró bloqueado por dos vehículos atravesados en la calle y más de una treintena de individuos, portando barras de hierro y armas de mano que lanzaron piedras al vehículo y utilizaron gas lacrimógeno contra los policías”. A menor escala, se recuerdan las comisarías de barrio atacadas

durante las horas de cierre: cristales rotos, coches incendiados.

Uno de los logros de los últimos movimientos es que una verdadera manifestación, en adelante, es “ilegal”, sin notificación a la prefectura. Teniendo *la elección del terreno*, se tendrá cuidado, como el Black Bloc, en Genova en 2001, de evitar las zonas calientes, de huir del enfrentamiento directo y, determinando el trayecto, hacer correr a los policías en lugar de correr tras la policía, especialmente sindical, especialmente pacifista. Se ha visto entonces que miles de personas determinadas hacen retroceder furgones enteros de *carabinieri* para incendiarlos finalmente. Lo importante no es estar mejor armado sino tener la iniciativa. El valor no es nada, la confianza en el valor propio es todo. Tener la iniciativa ayuda a esto.

Todo incita, sin embargo, a considerar las confrontaciones directas como puntos de fijación de las fuerzas contrarias que posibiliten manejar los tiempos y atacar en otros lugares -incluso muy cerca. Que no se pueda impedir que una confrontación se lleve a cabo no hace una simple diversión. Más que en las acciones, hay que centrarse en su coordinación. Hostigar a la policía, es hacer que estando por todas partes, ella no sea eficaz en ninguna.

Cada acto de hostigamiento despierta esta verdad dicha en 1842: “La vida del agente de policía es penosa; su posición en la sociedad es tan humillante y despreciada como la del propio crimen (...) La vergüenza y la infamia le rodean por todas partes, la sociedad le expulsa de su seno, le aísla como a un paria, le escupe su desprecio con la paga, sin remordimientos, sin excusas, sin piedad (...) el carnet de policía que lleva en su cartera es una patente de ignominia.” El 21 de noviembre de 2006, los bomberos que se manifestaban en París atacaron a las CRS a martillazos e hirieron a quince. Esto para recordar que “tener la vocación de ayudar” nunca podrá ser una excusa válida para entrar en la policía.

*Estar en armas. Hacer todo lo posible para volver innecesario su uso.  
Frente al ejército, la victoria es política.*

No existe una insurrección pacífica. Las armas son necesarias: se trata de hacer todo lo posible para que su uso sea innecesario. Una insurrección es una toma de las armas, una “permanencia armada”, más que el paso a la lucha armada. Es importante distinguir el armamento del uso de las armas. Las armas son una constante revolucionaria aunque su utilización sea poco frecuente, o escasamente decisiva, en los momentos de grandes cambios: 10 de agosto de 1792, 18 de marzo de 1871, octubre de 1917. Cuando el poder está en el arroyo, basta con pisotearle.

Desde la distancia que nos separa, las armas han adquirido este carácter doble de fascinación y repulsión, que sólo su manejo permite superar. Un auténtico pacifismo no puede consistir en el rechazo de las armas, sino solamente de su uso. Ser pacifista sin poder disparar no es más que la teorización de una impotencia. Ese pacifismo *a priori* corresponde a una suerte de desarme preventivo, es una pura operación policial. En realidad, la cuestión pacifista sólo se toma en serio cuando tiene el poder de disparar. Y en este caso, el pacifismo será por el contrario, señal de potencia, pues sólo desde una extrema posición de fuerza se está liberado de la necesidad de abrir fuego.

Desde un punto de vista estratégico, la acción indirecta, asimétrica, parece la más provechosa, la mejor adaptada a la época: no se ataca frontalmente a un ejército de ocupación. Sin embargo, la perspectiva de una guerrilla a la iraquí, que se atascaría sin posibilidad de ofensiva es mejor temerla que deseirla. La *militarización* de la guerra civil es el fracaso de la insurrección. Los Rojos pueden triunfar en 1921, la Revolución rusa ya está perdida.

Es preciso considerar dos tipos de reacción estatal. Una de franca hostilidad, otra más solapada, democrática. La



primera, llamando a la destrucción sin rodeos; la segunda, una hostilidad sutil, pero implacable: sólo espera alistarnos. Se puede ser derrotado por la dictadura tanto como por el hecho de estar reducido a no poder oponerse más *que* a la dictadura. La derrota consiste tanto en perder una guerra como en perder la elección de la guerra a librar. Los dos son posibles, como lo demuestra la España de 1936: por el fascismo, por la república, los revolucionarios fueron doblemente derrotados.

Cuando las cosas se ponen serias, el ejército ocupa el terreno. Su entrada en acción resulta menos evidente. Para ello se necesita un Estado decidido a hacer una matanza, lo que no es posible actualmente sino como amenaza, un poco como el empleo del arma nuclear desde hace medio siglo. Sin embargo, herida desde hace tiempo, la bestia estatal es peligrosa. Con todo para enfrentarse al ejército, se necesita una gran multitud, disolviendo las jerarquías y fraternizando. Se necesita el 18 de marzo de 1871. El ejército en las calles es una situación de insurrección. El ejército en acción, es el resultado precipitándose. Cada uno se ve llevado a tomar una postura, de escoger entre la anarquía y el miedo a la anarquía. Una insurrección triunfa como fuerza política. Políticamente, no es imposible poder con un ejército.

### *Destituir a las autoridades locales*

La cuestión, para una insurrección es llegar a hacerse irreversible. La irreversibilidad se alcanza cuando se ha vencido, al mismo tiempo que a las autoridades la necesidad de autoridad, al mismo tiempo que a la propiedad el placer de tener, al mismo tiempo que a toda hegemonía el deseo de hegemonía. Esto sucede porque el proceso insurreccional contiene en sí la forma de su victoria o la de su derrota. En materia de irreversibilidad, la destrucción nunca ha sido suficiente. Todo reside en el modo. Existen maneras de destruir que inevitablemente provocan el retorno de lo que se

ha destruido. Quien se encarnice sobre el cadáver de un orden asegura despertar la vocación de vengarle. También, en todo lugar donde la economía está bloqueada, donde la policía está neutralizada es importante hacer el menor énfasis posible en el derrocamiento de las autoridades. Serán depuestas con un atrevimiento y una ironía escrupulosas.

En esta época, el final de las centralidades revolucionarias responde a la descentralización del poder. Todavía existen los Palacios de Invierno, pero están más dedicados a ser asaltados por los turistas que por los insurgentes. En nuestros días, se pueden tomar París, o Roma, o Buenos Aires sin conseguir la solución. La toma de Rungis<sup>27</sup> tendría seguramente mayores consecuencias que la del Elíseo. El poder ya no se concentra en un lugar del mundo, es el propio mundo, sus flujos y sus avenidas, sus hombres y sus normas, sus códigos y sus tecnologías. El poder es la propia organización de la metrópolis. Es la impecable totalidad del mundo de la mercancía en cada uno de sus puntos. Por eso, quien le derrota localmente produce una onda de choque planetaria a través de las redes. Los asaltantes de Clichy-sous-Bois han alegrado más de un hogar americano mientras los insurgentes de Oaxaca han encontrado cómplices en pleno corazón de París. Para Francia, la pérdida de centralidad del poder significa el final de la centralidad revolucionaria parisina. Cada nuevo movimiento tras las huelgas de 1995 lo confirma. Esto es porque triunfan las orientaciones más osadas, las más consistentes. Para terminar, París todavía se distingue por ser un simple objetivo de una razzia, un puro terreno del estrago y del pillaje. Breves y brutales incursiones llegadas de fuera atacan el lugar de la máxima densidad nacional de flujos metropolitanos. Los henchidos de rabia son quienes surcan el desierto de esta ficticia abundancia y se desvanecen. Llegará un día en el que esta espantosa concreción del poder que es la capital será completamente destruida, pero esto sucederá al final de un proceso más avanzado por todas partes que allí.

---

<sup>27</sup> Centro de abastamiento de París, que se sitúa en las afueras de la ciudad.



## ¡TODO EL PODER A LAS COMUNAS!

En el metro, ya no se encuentran huellas de las molestas pantallas que dificultan habitualmente los movimientos de los pasajeros. Los desconocidos se hablan, ya no se abordan. Una banda en conciliábulo en la esquina de una calle. Aglomeraciones mayores por los bulevares que discuten gravemente. Los ataques se extienden de una a otra ciudad, de un día al otro. Un nuevo cuartel ha sido saqueado y quemado después. Los habitantes de una casa desahuciada han desistido de tratar con el ayuntamiento: la habitan. En un acceso de lucidez, un directivo acaba de liquidar, en plena reunión, a un puñado de colegas. Ficheros que contienen la dirección personal de todos los policías y gendarmes así como el de los empleados de la administración penitenciaria acaban de filtrarse, provocando una ola de mudanzas precipitadas sin precedentes. A la vieja cantina del pueblo, se trae el excedente de lo producido y nos procuramos lo que nos falta. También nos reunimos aquí para discutir sobre la situación general y sobre el material necesario para el taller mecánico. La radio informa a los insurgentes de la retirada de las fuerzas gubernamentales. Un proyectil acaba de destripar la muralla de la prisión de Clairvaux. Es imposible decir si pasó un mes o varios años desde que comenzaron los “acontecimientos”. El Primer Ministro parece muy sólo en sus llamadas a la calma.



# ÍNDICE

PRÓLOGO	/ 5
LA INSURRECCIÓN QUE VIENE	/ 9
<b>PRIMER CÍRCULO</b>	
“I AM WHAT I AM”	/15
<b>SEGUNDO CÍRCULO</b>	
“LA DIVERSIÓN ES UNA NECESIDAD VITAL”	/21
<b>TERCER CÍRCULO</b>	
“LA VIDA, LA SALUD, EL AMOR SON PRECARIOS ¿POR QUÉ HABRÍA DE ESCAPAR EL TRABAJO A ESTA LEY?”	/27
<b>CUARTO CÍRCULO</b>	
“¡MÁS SIMPLE, MÁS DIVERTIDO, MÁS MÓVIL, MÁS SEGURO!”	/ 35
<b>QUINTO CÍRCULO</b>	
“MENOS BIENES, MÁS VÍNCULOS”	/ 43
<b>SEXTO CÍRCULO</b>	
“EL MEDIO AMBIENTE ES UN DESAFÍO INDUSTRIAL”	/ 51
<b>SÉPTIMO CÍRCULO</b>	
“AQUÍ SE CONSTRUYE UN ESPACIO CIVILIZADO”	/ 59

¡EN MARCHA! / 67

ENCONTRARSE / 69

ORGANIZARSE / 74

INSURRECCIÓN / 87

¡TODO EL PODER A LAS COMUNAS! / 99





Este libro se terminó de imprimir  
en Buenos Aires, Invierno de 2010